VIDA FAMILIAR

Semana de la Familia: 12-19 de febrero de 2011

FAVORECIENDO LA **UNIDAD** EN EL **HOGAR**

INTRODUCCIÓN

En las Escrituras podemos encontrar algunas palabras y frases que se corresponden con oraciones dirigidas por Jesús al Padre: en ocasión del Padrenuestro, ante la tumba de Lázaro, en el Getsemaní,... Son palabras áureas que dibujan el camino para el creyente atento y deseoso de seguir las pisadas de su maestro.

Las oraciones de Jesús expresaban palabras que salían de un corazón puro que discernía lo importante, lo verdaderamente trascendente, y es por eso que en sus palabras encontramos el epicentro de todo.

En esta revista especial, editada con motivo de la Semana de la Familia 2010, vamos a centrarnos en unas palabras que formaron parte de una oración de Jesús, aquélla que es conocida como su oración sacerdotal. Y en ella podemos leer: «*Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfeccionados hacia la unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste*» (Juan 17: 23).

Vamos a hablar de la unidad deseada por Jesús para sus hijos y, sin duda, para las familias en este momento difícil de la historia.

Deseamos que las reflexiones a las que nos van a invitar los distintos temas de esta semana sean de gran utilidad para alcanzar en nuestras vidas y en nuestros hogares ese gran deseo de Jesús: nuestra unidad.

Ministerio de la Familia

Director de la revista: **Antonio Martínez**

EQUIPO EDITORIAL:

Coordinación editorial: **Esther Amigó**
Editora: **Raquel Carmona**
Diseño y maquetación: **Javier Zanuy**
Procesos informáticos: **Javier Zanuy**
Producción: **Martín González**

Publica: **EDITORIAL SAFELIZ**
Pradillo, 6 - Pol. Ind. La Mina
28770 Colmenar Viejo, Madrid (España)
tel. [+34] 918 459 877
fax [+34] 918 459 865
e-mail: admin@safeliz.com
www.safeliz.com

Promueve: **MINISTERIO DE LA FAMILIA**

COLABORADORES:

Cornel Serban
José Luis Lasso
Roberto Badenas
Sergi Gabril
Luis Alberto Fernández
Joan Llorca
Jesús Calvo

Año 3 / nº 3

Impresión: **AGS**
Bell, 3, Pol. Ind. San Marcos
28906 Getafe (Madrid)
IMPRESA EN ESPAÑA

Contenido

2 Introducción

3 Primer sábado
Favoreciendo la unidad con Dios

5 Domingo
Favoreciendo la unidad entre los esposos

8 Lunes
Favoreciendo la unidad con nuestros hijos

11 Martes
Favoreciendo la unidad entre los hermanos

14 Miércoles
Favoreciendo la unidad con otras familias

17 Jueves
Favoreciendo la unidad en la iglesia

20 Viernes
Educando para la unidad en el mundo

24 Segundo sábado
Lo que será la unión perfecta

27 Himno lema

Favoreciendo la **unidad con Dios**

«*Y después le veremos cara a cara*». Éstas son algunas de las palabras que concluyen muchos pensamientos acerca de la segunda venida de Jesús. Normalmente, cuando se habla de la Segunda Venida se habla también de peligros; de señales en la naturaleza, en el mundo político, en la salud... pero, casi siempre, se incluye el encuentro personal con Jesús. Y según he podido notar, y no creo que sea el único que lo ha notado, estas palabras dan ánimo y te ayudan a resistir.

Cuando estoy de viaje y tengo que pasar algunos días, algunas veces semanas, fuera de mi casa, echo mucho de menos a mis seres queridos, pero lo que me anima en esos días de separación es el deseo de encontrarme de nuevo cara a cara con mi querida esposa, ver la sonrisa cálida de mi hija o la tranquilidad de mi hijo. ¿Por qué la posibilidad de vernos con alguien nos alegra o nos pone nerviosos? ¿De dónde viene este deseo de vernos y no sólo saber uno del otro, por ejemplo a través del teléfono? Porque verte con alguien cara a cara implica acercamiento y crea la imagen de la unión total. Llevamos de alguna forma en nuestros genes el deseo de estar unidos a los seres queridos, de estar en contacto, de interrelacionarnos. Esto lo podemos entender respecto a las relaciones que se crean entre personas que se ven cada día. Pero, ¿cómo podemos explicar el anhelo que tenemos de ver a Dios? De algún modo, llevamos dentro de nosotros el deseo de encontrarnos con Dios cara a cara, de llegar a la unión plena con él. ¿De dónde viene este sentimiento?

La respuesta a esta pregunta la encontramos en el relato de la creación, tanto del hombre como de la mujer. En Génesis 2: 7 se nos dice que «*Dios hizo al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida*». No es difícil imaginarse esta escena: Dios modela al hombre, sopla el aliento y el hombre abre los ojos. Cuando abre los ojos lo primero que ve es a Dios. Lo mismo sucedió con Eva: «*y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre*» (Gen. 3: 22). Esto significa que lo primero que vio Eva fue a Dios y después le fue presentado el hombre. Desde entonces hasta hoy en día se ha transmitido este deseo de ver a Dios, expresado de forma inequívoca por Juan en Apocalipsis: «*y verán su rostro*» (Apoc. 22: 4).

Llegaremos a la unión plena con Dios cuando él venga y restablezca su reino. Pero mientras, lo estamos esperando; como familias, tenemos que favorecer la unidad con nuestro Dios.

Para poder verle cara a cara en aquel día, tenemos que ir acercándonos más a él. Es necesario plantear la vida familiar de tal forma que no nos alejemos de Dios, sino que se produzca un acercamiento.

Pero, ¿cómo podemos favorecer la unidad con Dios?

1. La imagen de Dios

Los seres humanos hemos sido creados a imagen y semejanza del Creador. A lo largo del tiempo, Satanás ha intentado borrar esta imagen de Dios que llevamos cada uno de nosotros. Cuanto más intentemos aproximarnos a la semejanza de Dios, más unidos estaremos a él. Pero, ¿en qué consiste esta imagen? No se refiere a los rasgos físicos sino a la razón con la cual ha sido dotado el hombre, a la libertad de elección, a la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo. Cuando fomentamos el uso de la razón, la libertad de elección en nuestras familias, estamos restableciendo la imagen de Dios. Cuando presentamos a nuestros hijos el bien y el mal y les ayudamos a tener fuerzas para que elijan correctamente (no tenemos que elegir

Cornel Serban
Licenciado en Teología.
Máster en Relaciones Familiares

nosotros en su lugar) estamos acercándonos a Dios. En la Biblia encontramos revelado el carácter divino. Si él es amor, nosotros, que somos creados a su semejanza, tenemos que llenarnos de amor y demostrarlo en nuestras familias. Si él es justo, nosotros tenemos que fomentar la justicia en nuestras familias. Si él nos perdona, nosotros tenemos que perdonarnos los unos a los otros.

2. Cristo entre nosotros

Quien nos descubrió de forma plena a Dios fue Jesús. Es por eso que el deseo de Pablo es: «*Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado*» (1 Cor. 2: 2). Esto significa que, aunque no le podemos ver, Dios está entre nosotros a través del sacrificio de Jesús. Desde siempre, el altar fue el lugar que simbolizaba el sacrificio. Tenemos que edificar en medio de nuestros hogares altares donde reunir a nuestras familias para alabar a Dios, para hacer real su presencia en nuestras vidas. El altar, además de significar sacrificio, también significa adoración, comunión, encuentro. Sobre el altar tenemos que poner nuestras oraciones, y éstas serán elevadas al trono de Dios a través de los méritos de Jesús. Debemos elevar alabanzas para bajar la alegría del cielo a nuestros corazones. Tenemos que derramar nuestras vivencias para conocernos más el uno al otro y para ver como Dios trabaja en nuestras vidas. Hagamos de nuestros momentos devocionales verdaderas ocasiones de encuentro con Dios.

3. La salvación de la familia

Estamos favoreciendo la unidad con nuestro Dios cuando estamos involucrados todos, toda la familia, en el plan de salvación. En el tiempo que estamos viviendo, tenemos que llenarnos del Espíritu Santo para poder, por un lado, testificar acerca de Jesús; y por otro lado, para poder resistir como individuos y como familias en estos tiempos peligrosos. En el pueblo de Israel, vivía una familia que se encontró con una tragedia. El padre, el cabeza de la familia, se había muerto y había dejado a la familia endeudada y sin la posibilidad de afrontar esta situación. La única opción humana era entregar como esclavos a los hijos hasta que la deuda quedase solventada. Pero esto significaría que la pobre madre perdería también a los hijos. Era demasiado para ella. Así que fue y consultó al profeta (2 Rey. 4: 1-7). La respuesta de éste es un poco sorprendente, tanto para la mujer como para nosotros: «*Decláreme qué tienes en casa*». Ella consideraba que no tenía nada en casa que pudiera servir para la salvación de su familia. ¿Qué tienes en casa? Una pregunta que debería hacernos reflexionar. A veces no vemos ningún valor en nuestras casas. Pero lo que tenemos, puesto a los pies de nuestro Dios, nos puede reportar más de lo que necesitamos. Pero lo fascinante de este pasaje bíblico es la forma en la cual se trabaja para lograr el milagro. La mujer tenía que recoger cuantas vasijas pudiera; después, debía cerrar la puerta y echar aceite de la vasija pequeña a las otras hasta llenarlas, ya que el aceite no se agotaría mientras no se llenaran todas las vasijas vacías. Pero, visualicemos la escena que nos sugiere la siguiente frase: «*ellos le traían las vasijas y ella echaba el aceite*». Todos involucrados en el milagro. Cada uno según sus posibilidades. Después de haber cerrado la puerta frente a cualquier influencia extraña, se dispusieron no a esperar el milagro, sino a lograr el milagro. Hagamos a nuestros hijos participes de los milagros de la transformación de nuestro carácter. Cuando ellos vean cómo nuestra vida como padres se llena del Espíritu Santo, querrán ser participes de ello. Las experiencias que vivimos en nuestras vidas nos acercan más y más a nuestro Dios.

4. Caminar con Dios

Después de haber llenado nuestras vidas del Espíritu de Dios tenemos que seguir a su lado en una experiencia renovadora diaria. Esto lo aprendemos de Enoc. Estuvo tan unido a Dios que un día se lo llevo al cielo (Gén. 5: 22). Caminar con Dios no significa invitarle a que nos acompañe en nuestros planes. No era Dios el que caminaba con Enoc, sino Enoc quien caminaba con Dios. Y la diferencia consiste no sólo en la forma de ordenar las palabras. Caminar con Dios significa preguntarle por dónde quiere que vayamos. Significa también reunir la familia a la hora de hacer planes y pedirle consejo a Dios. Los israelitas levantaban el campamento cuando la nube lo hacía y se paraban cuando la nube se detenía. Esto significa una total dependencia de Dios, lo cual puede ser incómodo porque significa que, a veces, tienes que renunciar a tus planes para seguir el camino de Dios.

5. Una patria mejor (Heb. 11: 14, 15)

Muchos de los que viven en esta tierra no consiguen ver más allá de las realidades de este mundo. Un cristiano, y podemos decir un hogar cristiano, está siempre buscando algo mejor. Por eso, buscar la excelencia en este mundo no es nada malo porque significa que no te quedas satisfecho con lo que has obtenido. Ayudar a nuestros hijos a buscar la excelencia es algo que cualquier padre tiene que hacer. Pero no nos podemos conformar con esto. Cuando pensamos que hemos alcanzado lo mejor de aquí, de la tierra, estamos justo en el lugar donde empieza lo mejor del cielo. Por este motivo, no nos tenemos que conformar con esto. Aunque hayamos llegado a tener propiedades en este mundo, no nos conformamos porque estamos de camino hacia una patria mejor. Tenemos que enseñar a nuestros hijos los verdaderos valores, los valores que Dios aprecia, y debemos canalizar nuestras energías para obtener estos valores en nuestras vidas.

Respecto a las condiciones de vida, hemos ido mejorando, y estamos en la búsqueda de la perfección. Hemos aumentado el confort, el tamaño de nuestras casa y la seguridad. Estamos buscando el coche perfecto en cuanto a seguridad, confort y consumo se refiere, y nos hemos empleado a fondo en conseguirlo. En todo buscamos lo mejor. Pero, ¿cúal es nuestra situación en lo relativo a los valores eternos? ¿Somos mejores padres, mejores hijos? ¿Hemos llegado a perfeccionar la obediencia, el perdón, la paciencia, el amor o la entrega? Cuando se trata de guerras, se dedican presupuestos enormes; cuando hay crisis y las entidades financieras tienen pérdidas por culpa de no vivir la realidad, se mueven cantidades de dinero impensables. Sin embargo, para la crisis de la familia, la falta de compromiso, ¿cuánto dedicamos?

Si nos queremos mantener unidos a nuestro Dios tenemos que buscar siempre algo mejor, pero en el terreno amor, de la dedicación, del compromiso, de la formación del carácter, de la educación de los niños.

Cada día tenemos que estar más y más cerca de nuestro Dios. El que se acercó y moldeó al hombre del polvo de la tierra y le sopló aliento de vida, no ha cambiado. Él tiene el mismo deseo de acercarse a nosotros y mantenernos unidos, porque «*separados de él no podemos hacer nada*» (Juan 15: 5).

Oremos con fervor, pongamos empeño en transmitir valores a nuestros hijos, caminemos con Dios profundamente interesados en la salvación propia y de los demás, busquemos la patria celestial como algo de eterno valor. Haciendo esto, estaremos seguros de que estamos favoreciendo la unidad con el Creador. Un esfuerzo de unos años y, como resultado, toda la eternidad al lado de nuestro Dios.

Favoreciendo la unidad conyugal

Desde siempre se han dicho frases como éstas: "Dos cabezas piensan mejor que una", "La unión hace la fuerza", "Un equipo unido jamás será vencido". Más recientemente hemos sido testigos de los triunfos de la Selección Española de Fútbol, que ha llegado a ser campeona de Europa en 2008 y campeona del mundo en 2010, y las frases que han motivado al equipo y que han ilusionado a todo el país han sido éstas: "Juntos podemos", "Un equipo, un sueño", "No hay retos imposibles si trabajamos todos juntos, unidos". Todo ello muestra la importancia del trabajo en equipo, la fortaleza que hay en la unidad y la motivación que se genera en torno a un grupo humano compacto. Elementos muy valorados en el deporte, en las empresas o en cualquier asociación que desee alcanzar grandes objetivos, porque éstos se logran uniendo esfuerzos colectivos.

En la vida familiar ocurre lo mismo, una familia unida y cooperadora siempre será mucho más fuerte que una familia desunida Pero, ¿cómo conseguir la unidad del matrimonio? ¿Existen fórmulas para ello? ¿Dónde conseguirlas? Sin duda que la psicología puede aportar cosas importantes para la unidad conyugal, pero quien más puede contribuir es Dios. Él es el creador del ser humano y del matrimonio y, por tanto, nos conoce mejor que nadie. Es el gran Psicólogo y nos ha dejado un libro con las mejores recetas. Sí, la Biblia es una fuente inmensa de consejos divinos para que los matrimonios se amen y se mantengan unidos.

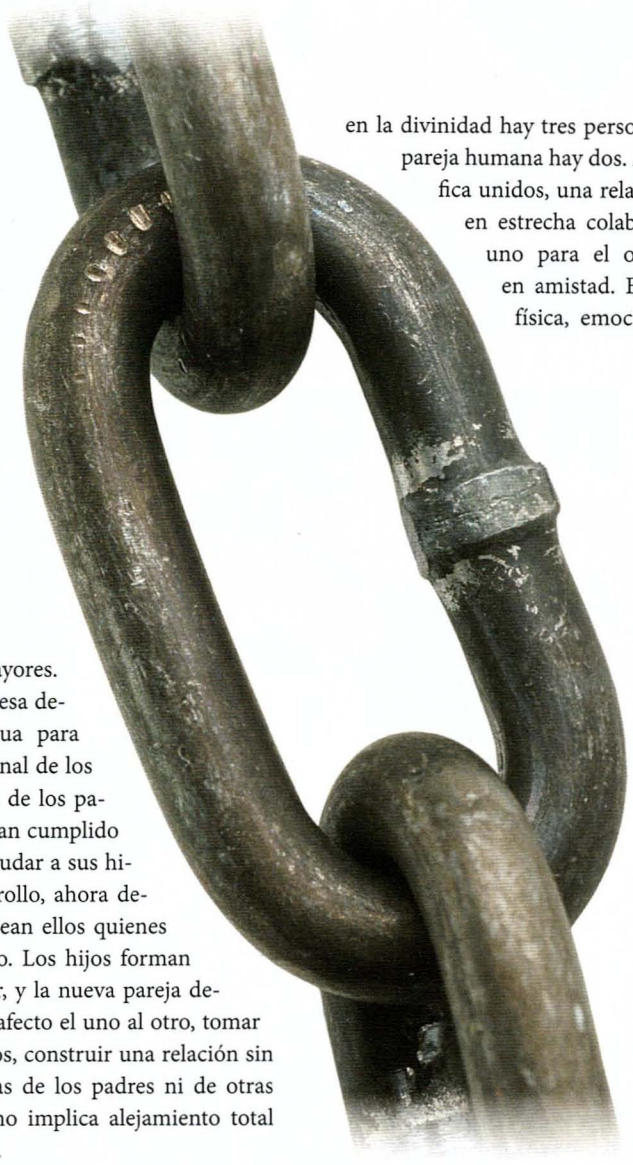
Uni-dos

La primera fórmula la encontramos al comienzo de la Biblia: «*El hombre dejará a su padre y a su madre, se unirá a su esposa, y serán una sola carne*» (Gén. 2: 24). Es muy significativo que esta fórmula se repita cinco veces en la Biblia, mostrando así su importancia. Ésta primera la pronuncia Dios cuando crea el matrimonio. Después, Jesús la repite dos veces en los evangelios (Mat. 19: 5; Mar. 10: 7), y el apóstol Pablo dos veces más en sus epístolas (1 Cor. 6: 16; Efe. 5: 31). Este texto nos da varias claves, pero la más importante está en el centro: "Se unirá". Sólo en la unidad hay fortaleza y Dios quiere que los matrimonios estén unidos.

En la palabra unidos hay el prefijo "uni", del latín *unus* que significa "uno" y la partícula "dos". Por tanto uni-dos son dos personas que tienen la voluntad de formar una unidad, y para ello deben ponerse de acuerdo en muchas cosas. A priori no parece tarea fácil, y en realidad hay matrimonios que no lo consiguen nunca. Sólo Dios puede hacer de dos personas una unidad.

El primer paso para estar unidos es: «*Dejará a su padre y a su madre*» ¡Cuántos matrimonios se rompen porque uno de los dos no ha sabido romper el vínculo con sus progenitores! Los padres ejercen un control sobre sus hijos, que resulta necesario mientras éstos son pequeños, pero dañino si continúa cuando

José Luis Lasso
Pastor y terapeuta familiar



los hijos son mayores. Hay que cortar esa dependencia mutua para la salud emocional de los hijos y también de los padres. Éstos ya han cumplido su misión de ayudar a sus hijos en su desarrollo, ahora deben dejar que sean ellos quienes sigan su camino. Los hijos forman su propio hogar, y la nueva pareja deben dedicar su afecto el uno al otro, tomar decisiones juntos, construir una relación sin las interferencias de los padres ni de otras personas. Eso no implica alejamiento total sino autonomía.

El segundo paso es "se unirá a su esposa". No es una opción sino un imperativo divino. Después del casamiento, hay que rechazar cualquier posible unión sentimental con otras personas, y si las hubo antes del matrimonio, hay que cortarlas de raíz para que no vuelvan a brotar. Los dos deben hacer esfuerzos para unirse cada día más como pareja, ése es su objetivo permanente, el cual requiere tiempo. Qué hermoso es cuando un matrimonio, después de algunos años, puede decir: "Cuando nos miramos ya sabemos lo que el otro piensa", "Nos sentimos conectados y nos complementamos", "Siento que forma parte de mí", "Ya no podría vivir sin él o sin ella". Cuando llega ese momento es que la unidad ha llegado a cotas muy altas.

El tercer paso es «*serán una sola carne*». En Efesios dice «*llegarán a ser*», indicando así que es un proceso que requiere tiempo y dedicación. En hebreo, "uno" es "ehad" y es el mismo término que se usa en Deuteronomio 6: 4 «*Jehová nuestro Dios es uno*». En ambos casos no se refiere a una sola persona, porque en la divinidad hay tres personas y en la pareja humana hay dos. *Ehad* significa unidos, una relación única, en estrecha colaboración, el uno para el otro, juntos en amistad. Es la unión física, emocional y espiritual tan esencial para que el matrimonio sea feliz.

Elena White lo expresa con estas palabras: «Dios mismo proveyó a Adán de una compañera [...] que podría ser una sola cosa con él en amor y simpatía. Eva fue creada de una costilla tomada del costado de Adán, éste hecho significa que ella no debía dominarle como cabeza ni tampoco debía ser humillada bajo sus plantas como un ser inferior, sino que más bien debía estar a su lado como su igual para ser amada y protegida por él [...]. Quedaba en evidencia la unión íntima y afectuosa que debía existir en esta relación» (*El hogar cristiano*, pág. 21).

Uni-dad

La segunda fórmula es el amor y la encontramos en varios textos. Salomón lo expresa así: «*Las aguas torrenciales no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos*» (Cant. 8: 7) «*Goza de la vida con la mujer que amas*» (Ecl. 9: 9). Jesucristo lo eleva a la máxima expresión: «*Amaos como yo os he amado*» (Juan 13: 34). Pablo exhorta a los esposos a que amen a sus esposas «*así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella*» (Efe. 5: 25). Cuando el amor es fuerte y se expresa es indestructible. En el amor no hay división sino unidad.

"Dad" es un sufijo; pero, si haciendo un guiño a la gramática lo vemos como del verbo "dar", toma una gran relevancia porque es dando como se puede conseguir la unidad. Si en el matrimonio cada uno piensa en sí mismo, la pareja se va fraccionando y se van convirtiendo en "islas". Solamente cuando los dos son generosos y se dan el uno al otro se produce el hermoso fenómeno de la unidad. En el matrimonio los dos deben darse muchas cosas: amor, afectos, atención, tiempo, diálogo, intimidad, dinero, apoyo, etcétera. Cuando una pareja se casa se compromete a vivir unidos, con un mismo propósito; a trabajar en equipo para sumar esfuerzos y multiplicar resultados. «*Lo que Dios ha unido, ningún hombre lo separe*» (Mar. 10: 9).

Uni-ficar

Una tercera fórmula la expresa el apóstol Pablo «*Siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo*» (Efe. 4: 15), y el apóstol Juan «*En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor*» (1 Juan 4: 18). A veces los cónyuges se sienten incómodos al compartir sus sentimientos por miedo a sentirse vulnerables. En todo caso, antes de compartir las emociones es bueno preguntarse si hacerlo nos va a unir o nos va a distanciar más. Pero lo cierto es que una pareja necesita compartir la verdad de sus sentimientos de forma sensible, abierta y amorosa, dando lugar a un ambiente de comodidad para ambos, eso los unifica.

Uni-ficar viene del latín *unus* (uno) y *ficare* (hacer). Unificar es conseguir que dos personas se unan para hacer cosas juntos. Cuando el matrimonio unifica sus fuerzas es más poderoso. Cada miembro de la pareja tiene un potencial; cuando esos potenciales se suman, se multiplican sus energías y, como resultado, son más fuertes. En cambio, cuando se enfrentan, se dividen las fuerzas y ambos se debilitan. Dios creó al hombre y a la mujer iguales en dignidad, pero diferentes en su constitución física, cualidades y forma de pensar. Por eso mismo se complementan el uno con el otro, se apoyan en sus debilidades, se fortalecen, y juntos incrementan su potencial.

Úni-co

Una cuarta fórmula está en Eclesiastés 4: 9-11 «*Mejor son dos que uno [...] porque si uno cae, el otro lo levanta. ¡Ay del solo! Cuando cae, no tiene quien lo levante [...]. Cordón de tres dobleces no se rompe pronto*». En el matrimonio deben apoyarse uno al otro. Tres cordones separados pueden romperse con cierta facilidad, pero cuando se los trenza y se convierten en una sola cuerda, es muy difícil romperlos. Pero, si la pareja es cosa de dos, ¿quién es ese tercer cordón en el matrimonio? Sólo puede ser uno: Dios. Nadie más debe entrar en esa relación; pero, si dejamos entrar a Dios, la cuerda se fortalecerá y convertirá al matrimonio en algo único.

"Único" es un adjetivo que significa singular, exclusivo, sin otro de su especie, y el matrimonio debe ser así. Para ello hay que renunciar a otras relaciones y poner la relación conyugal por encima de cualquier otra (padres, familiares, amigos, trabajo). Eso garantiza al matrimonio la autonomía emocional y social que requiere. Lo que hace único al matrimonio es el sentido de pertenencia. Como compañeros de pacto, los cónyuges comparten todo lo que antes tenían por separado: su individualidad, su cuerpo, sus pertenencias, su tiempo. Guardar posesiones como "mías" y no "nuestras", mi salario, tu deuda, mi herencia, tus regalos, mis amigos, etcétera, va en contra del concepto divino que los hace una sola carne. Ya no es "yo" sino "nosotros".

Uni-ón

Una quinta fórmula la encontramos en Filipenses 2: 2, «*Sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa*». Cuanto más cerca se encuentran un esposo y una esposa del Señor, más cerca estarán el uno del otro. Un matrimonio cristiano está lleno del amor de Dios y lo expresan en su conducta y en cada palabra. El amor, el gozo y la felicidad irradiarán de su rostro y lo expresarán en cada mirada. El amor engendra amor, la felicidad da felicidad, y estas emociones celestiales continúan aumentando más y más hasta que se perfeccionan y se produce la verdadera unión.

La unión del matrimonio tiene que ver con una alianza; con acuerdos, acoplamiento, amistad, simpatía; con sentirse fusionados y con la comunicación. Qué hermoso es cuando alguien puede decir: "Me siento feliz por la unión que hay en nuestro matrimonio". Uno de los beneficios de la unión es el disfrute de la intimidad sexual, donde ambos cónyuges expresan con toda emotividad el amor que se tienen. Un matrimonio alcanza su plenitud cuando todos los elementos de la unidad, cuerpo, emociones y espíritu se conjugan en la intimidad.

"On" es un término anglosajón que encontramos en los aparatos eléctricos y que indica que está conectado o abierto. En el matrimonio también hay que estar conectados y abiertos al otro, funcionando a pleno rendimiento. Si el matrimonio está en "off" (apagado) hay que volver a ponerlo en marcha.

Conclusión

En la Biblia hay muchas más fórmulas para conseguir la unidad conyugal, buscadlas. Por ahora, invito a los matrimonios a experimentar el significado de estas palabras:

1. **Uni-dos**: Dos personas formando una unidad.
2. **Uni-dad**: Dos personas que se dan uno al otro.
3. **Uni-ficar**: Dos personas que hacen cosas juntos.
4. **Úni-co**: Dos personas formando un "nosotros" singular.
5. **Uni-ón**: Dos personas siempre conectadas.

Comprueba si estás favoreciendo la unidad conyugal respondiendo a estas preguntas:

- ¿Te sientes más vinculado/a a tu cónyuge que a tus padres?
- ¿Te sientes unido/a a tu cónyuge y percibes que os complementáis?
- ¿Tienes la sensación que vuestro amor es sólido?
- ¿Cuánto das, o aportas tú al matrimonio?
- ¿Te sientes bien compartiendo tus emociones con tu pareja?
- ¿Os sentís más fuertes cuando estáis juntos?
- ¿Cuántas áreas percibes como "mías" y cuántas "nuestras"?
- ¿Ves en tu pareja a tu mejor amigo/a?
- ¿Buscas la ayuda de Dios para fortalecer vuestra relación?

Piensa en este eslogan para tu vida conyugal: "Un matrimonio unido jamás será vencido".

Favoreciendo la **unidad con**

Roberto Badenas
Doctor en Teología.
Especialista en Filología Bíblica

Después del entendimiento dentro de la pareja, hay pocas cosas más importantes para la armonía familiar que el buen entendimiento entre padres e hijos.

Para llevarse bien con los hijos lo primero que hace falta es hablar con ellos. Sin embargo, uno de los problemas que más sufrimos en nuestros hogares es la falta de diálogo. A menudo hablamos nosotros. Aconsejamos, o les hablamos de nosotros: "Cuando yo era como tú".

Ahí está el primer error. Yo nunca he sido como ninguno de mis hijos. Yo era un chico de la posguerra, criado en el franquismo. Mis hijos nacieron en la era de la globalización, y viven en el mundo de Internet.

Dialogar no es sólo escuchar pacientemente y pontificar de vez en cuando. Es observar sus reacciones y responder a sus preguntas. Es encontrar el camino del verdadero intercambio. La educación es ante todo una transfusión de vida. Se trata de comunicar. Y eso es difícil a todas las edades: cuando son muy pequeños porque el desfase entre nosotros es muy grande. Cuando son adolescentes porque nos rehúyen, y cuando son más mayores… porque ya es demasiado tarde.

El afecto nos acerca los unos a los otros. El diálogo nos une. Hacer cosas juntos nos mantiene unidos aunque lo hagamos torpemente.

Los padres, a menudo, desaprovechamos los momentos en los que los hijos buscan el dialogo, con preguntas que a veces nos parecen inoportunas:

–¿Qué es eso del aborto?

–Ya lo sabrás cuando seas mayor.

O bien:

–¿Vais a incinerar o a enterrar al abuelo?

–Ya lo verás.

Lástima de ocasiones ideales desperdiciadas para hablar con los hijos de los grandes temas de la vida y de la muerte, y llevarlos un poco más cerca de Dios y más cerca de nosotros.

Hay pocas cosas que nos acerquen más a nuestros hijos que compartir sus juegos y deportes. De pequeños y de mayores. No olvidemos que el primer deber que tenemos con los hijos es responder a sus necesidades (1 Tim. 5: 8). Y hacer feliz no es, necesariamente, dar gratificaciones inmediatas, sacrificando gozos diferidos, mucho más profundos y duraderos.

Comentar lecturas, visitar museos o hacer cosas juntos son excelentes ocasiones de disfrutar juntos, de compartir alegría, de expresar nuestro amor. Y viajar, como propone Deuteronomio 6: 7. ¿Qué mejor ocasión para unir la familia que el viaje familiar? Sea en coche, en tren, en avión (o mucho mejor, a pie o en bicicleta) es una ocasión ideal para dialogar, conversar y descubrir juntos las mil y una maravillas y miserias de nuestro mundo. Como escribía Francisco Izquierdo: «Dile a tu hijo que el mundo es maravilloso» .[1]

Las tensiones de la adolescencia

La relación con los hijos se suele fragilizar en la adolescencia. Hay que llamarlos varias veces por la mañana para que no lleguen tarde a escuela. Se levan-

nuestros hijos

tan irritados, pues se acuestan tarde viendo la tele o conectados a Internet. *«No provoquéis a ira a vuestros hijos»* dice la Biblia (Efe. 6: 4).

Dan que hablar con su atuendo y ponen mil pegas a cuanto tenga que ver con ayudar algo en el hogar. Sus amigos acaparan su atención y viven señalando defectos a los padres, acusándonos de que no los entendemos. No hay quien les hable de nada, pues consideran que ya lo saben todo.

Definitivamente, estamos a su merced y la esperanza de una tregua se aleja cada vez más, pues aun si consiguen trabajo, hay que seguir manteniéndoles. Un numero cada vez mayor de jóvenes de 16 a 30 años o más, ni estudian ni trabajan. Y muchos de ellos no quieren ni estudiar ni trabajar. ¡Cuántos se marchan de casa a la conquista de una pareja y vuelven al hogar divorciados o porque la cosa les va mal en su nueva vida!

La música, el cine, la tele, la moda y toda la electrónica de la comunicación han creado un marco de referencia muy diferente del que nos tocó vivir, y nuestros hijos se aprovechan de nuestra supuesta desinformación para distanciarse de nosotros.

¿En qué estamos fallando?

Para padres nacidos en los años cuarenta y cincuenta, que nos levantábamos de madrugada a ordeñar las vacas o a dar de comer a las gallinas, que teníamos que limpiar la casa o el corral, o trabajar aun siendo menores de edad, el abismo que nos separa de nuestros hijos viene de que elaboramos un discurso equivocado: "¡Yo no quiero que mi hijo pase los trabajos que yo pasé!" Pero sólo con esfuerzo y sacrificios se aprende a valorar lo que se tiene y no acostumbrando a nuestros hijos a recibir todo por obligación. Hay una ley universal que hemos transgredido y es que no se aprecia lo que no se ha deseado.

Los hijos que nunca conocieron la escasez, desperdician. A los 10 años ya han ido a Disney World dos veces, cuando nosotros a los 20 no sabíamos lo que era tener un pasaporte. El "dame" y el "cómprame" son generosamente complacidos y ellos acaban convirtiéndose en huéspedes de una pensión con todo incluido, (televisión, equipo de sonido, Internet y desayuno en la cama). Y luego nos preguntamos por qué nuestros hijos se aíslan, y nos quejamos de que no comparten con nosotros ninguna actividad familiar pasando demasiado tiempo con juegos y aparatos. Pero, ¿quién les suministró todo eso? Nosotros mismos.

Revisemos los resultados. ¿Somos muy permisivos o trabajamos tanto, que abandonamos el cuidado de nuestros hijos en manos de extraños y por nuestro cargo de conciencia de no dedicarles tiempo suficiente, intentamos subsanarlo con cosas materiales?

Ojalá que este mensaje llegue a los que tienen hijos pequeños, y les enseñen a disfrutar en familia, a colaborar con alegría en las tareas del hogar, y a ganarse cuanto antes el dinero que necesitan para sus cosas. Un pago simbólico por eso puede generar una relación en sus mentes entre trabajo y satisfacción. El bienestar del hogar es tarea de todos.

Mis padres no fueron siempre un modelo perfecto para mí. Pero hicieron algo que nunca les agradeceré bastante: darme una buena formación. Si no la adquirí, fue culpa mía. Me animaron a estudiar fuera de casa (cosa fundamental, de la que hablaré otro día, que me ayudó a descubrir muchos valores), se sacrificaron para que fuera feliz y me exigieron mucho. Se preocuparon poco por la ropa o los juguetes pero nos dieron una buena formación moral y religiosa, nos enseñaron a distinguir el bien del mal, a no decir que todo vale, a pensar en los demás. Querían que sus hijos fuesen gente responsable, sana, honrados, sinceros, leales. Lo que por ahí se llama "buena gente". Pensaban que si éramos buena gente contribuiríamos a construir un mundo mejor.

Lo fundamental en la relación entre padres e hijos es quererse de veras y decirlo de alguna manera. Ya sé que todos tenemos mu-

cho trabajo, que las cosas ya no son como antes, que el padre y la madre llegan cansados a casa, que no vale forzar, que lo de la libertad es lo que se lleva, que la autoridad de los padres es cosa del siglo pasado. Lo sé todo. Pero no vaya a ser que como lo sabemos todo, no hagamos nada.

Unidos para siempre

Este esfuerzo por comunicar con los hijos, por reforzar la unidad de la familia no tiene fin. Es para siempre.

Hubo un tiempo en el que pensé en lo formidable que sería llegar a un momento, en que, crecidos los hijos, no tendría que preocuparme ya más por ellos. Pensé que podría dejar de sufrir por ellos, y decirme ante cualquier situación: "Al fin y al cabo es su vida. Ya son mayores".

Recuerdo haber llevado a urgencias a mi hijo más pequeño que se había desgarrado una comisura de la boca al empotrarse nuestro trineo en un macizo de espinos cuando bajábamos una ladera nevada. Mientras aguardaba en la sala de espera a que le cosieran la mejilla, una enfermera mayor me sorprendió suspirando. "¿Cuándo dejaré de preocuparme por mis hijos?" dije en voz alta. "En cuanto salgan de la infancia ya verá que bien. Unos añitos de paciencia y se acabaron los accidentes" respondió la enfermera.

Pero cuando mis hijos alcanzaron la adolescencia, no pude despegarme de ellos y cada vez que salían, me pasaba la velada esperando que volvieran a casa, pendiente del teléfono y de oírlos llegar. Un colega mayor me dijo: "No te preocupes que dentro de cuatro días serán mayores de edad, y volarán con sus propias alas."

Pero el tiempo pasó rápidamente, y cuando mis hijos se hicieron adultos, yo seguí preocupándome por ellos: por sus estudios, por sus amistades, por sus parejas, por sus problemas de trabajo…

"Hasta que no se te casen no vas a estar tranquilo, me dijo un viejo amigo".

Pero dos ya se casaron, nuestra hija nos ha dado dos nietos… y yo creo que sigo cada vez más pendiente de hijos y nietos. Cuando se está unido a alguien, se está condenado a preocupación perpetua. Preocuparse por el otro es el precio del amor.

Hace poco, ocurrió algo que me dio mucho ánimo. Mi hijo mayor me dice un día, con voz fastidiada, por teléfono: "¿Dónde estabais? Os hemos estado llamando dos días seguidos sin obtener respuesta. Me habéis tenido muy preocupado". No pude por menos que sonreír. Ahora la preocupación ya es reciproca. Es algo más que nos une. Los lazos de la preocupación familiar están en buenas manos.

Nunca es tarde para intentar acercarnos unos a otros; y es mejor tarde, que nunca. Oremos y obremos por la unidad con nuestros hijos. La familia que ora unida permanece unida. Dios nos promete su ayuda (Isaías 49: 25).

Referencias
1. Alejandro Fernández Pombo, *Diálogo del padre con el hijo*, Alameda, Madrid, 1969, págs. 85-89.

Favoreciendo la unidad entre los hermanos

Hermanos carnales, hermanos espirituales

En la Palabra de Dios se usa el término "hermano" referido a todos los creyentes que forman parte de la familia de Dios (Col. 4: 15, 1 Juan 3: 14, 1 Ped. 2: 17, Apoc. 1: 9, 1 Juan 4: 21…), y la razón parece obvia, porque «*a los que creen en su nombre les dio potestad de ser llamados hijos de Dios*» (Juan 1: 12).

El creyente, por lo tanto, tiene dos familias: una carnal y otra espiritual. Y vamos a intentar que la presente reflexión pueda ser útil, por una parte, para mejorar las relaciones entre los hermanos carnales, orientando a los padres en la forma en que conviene que se actúe para favorecerlas; y, por otra parte, deseamos, igualmente, que todos nosotros podamos ver enriquecidas nuestras relaciones con nuestros hermanos en la fe, siendo, como somos, miembros de «*la familia de Dios*» (Efe. 2: 19).

En el presente artículo vamos a movernos en esa doble dimensión del término "hermano", y aunque reflexionaremos fundamentalmente en torno a las relaciones fraternales en el marco de la familia, intentaremos obtener aplicaciones que puedan también ser útiles para las relaciones fraternales entre los hermanos en la iglesia.

No hubo un buen comienzo

En la historia bíblica no encontramos un buen comienzo. La experiencia entre Caín y Abel muestra como pueden aparecer en las relaciones filiales la competencia, la envidia y aun el odio.

Dios, que veía el problema venir, avisó a Caín: «*Si no hicieres bien, el pecado está a la puerta*» (Gén. 4: 7). Caín estaba recorriendo el camino peligroso de desviarse de la voluntad de Dios –escogió la ofrenda que a él le pareció–, el camino de la comparación con su hermano, el de la rivalidad y la envidia. Y el resultado, cuando se dejan albergar estos sentimientos en el corazón, es que se da «*a luz el pecado*» (Sant. 1: 15).

Caín no comprendió que él sí debía ser guarda de su hermano, que debían cuidarse mutuamente, y no entendió que el orgullo no es nunca un buen camino. En las palabras dirigidas a Dios, «*No sé, ¿soy yo acaso guarda de mi hermano?*» (Gén. 4: 9), hay mucha altanería y atrevimiento. No se habla así a Dios.

El resultado fue el que fue. Caín quedó marcado por su pecado, éste siempre le persiguió y fue el inicio de un linaje que ninguna gloria dio a Dios, y que sembró pecado y miseria.

En nuestras iglesias, a nivel de las relaciones fraternales entre los creyentes, muchas veces son los mismos problemas los que nos pueden llevar a la división, poniendo en peligro la unidad que Dios desea. Éstos pueden ser como antaño: el orgullo, la rivalidad, el no comprender que todos somos "guardas" de todos, la desobediencia,…

Pero, ¿cómo se puede evitar en las relaciones filiales el tipo de sentimientos que albergó Caín? ¿Cómo se

Antonio Martínez
Pastor y psicólogo (Orientación familiar)

pueden fomentar el amor, el cuidado mutuo, la convivencia armoniosa, y evitar los celos, la rivalidad y cualquier otro mal sentimiento entre los hermanos en el marco del hogar?

Factores que favorecen la unidad

El carácter de los padres. La historia de las personas empieza muy temprano en el tiempo. De hecho, empieza antes de nacer, cuando los padres esperan al niñito. Ya entonces se pueden hacer cosas a favor o en contra de lo que serán las relaciones entre los hermanos.

Los progenitores deberán fomentar, en su propio carácter, la humildad, el amor, la ayuda mutua. De algún modo, los padres somos los que hacemos el "nido" en nuestros hogares y, de esta manera, damos forma al contexto en el que se irán desarrollando nuestros hijos. Deberemos tener presente que los padres somos como un espejo en el cual irán aprendiendo las formas más elementales no sólo de hacer, sino también de sentir y de pensar. Mucho tiempo atrás, el sociólogo Charles Cooley elaboró la teoría del "Yo espejo", y aun antes, la Biblia, a través de Salomón, expresó: «*Como mirándose en el agua, el rostro responde al rostro, así el corazón del hombre responde al hombre*» (Prov. 27: 19). Los demás son "el espejo" en el que nos vemos y, a partir de ahí, nos vamos construyendo como personas.

Como miembros de la familia de Dios, tenemos un "espejo" fantástico en el que podemos poner nuestra mirada: «*puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe*» (Heb. 12: 2). Y podemos leer: «*Y todos nosotros, mirando a cara descubierta, como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados*» (2 Cor. 3: 18). Él fue y sigue siendo el ejemplo perfecto por medio de su carácter perfecto.

La relación entre los esposos. Por otra parte, el psicólogo Albert Bandura nos habla del aprendizaje por modelado, por imitación. Será importante que tengamos presentes estos conceptos a la hora de cultivar la mejor relación entre los propios esposos, si queremos transmitir "imágenes" y "modelos" que puedan ser realmente positivos para que nuestros hijos cultiven la unidad. Si se "siembra" desunión (por parte de los padres), difícilmente se "cosechará" unidad entre los hermanos.

Como creyentes, tenemos una gran ventaja, porque nuestro Padre celestial «*habita en la altura y la santidad*» (Isaías 57). Él tiene un carácter perfecto, su amor no tiene límites y su humildad se aprecia en cada gesto, constituyéndose en un hermoso modelo al que

podemos y debemos seguir. De hecho, nos marca el camino, especialmente, a través de Jesús, quien en su oración sacerdotal se expresó con las siguientes palabras: «*Que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno*» (Juan 17: 21). Mirando al Padre y al Hijo se nos muestra el camino hacia la unidad entre los creyentes: amor, altruismo, entrega, nobleza, sin competencias ni rivalidades… sino una profunda comprensión del propósito único: la salvación de los seres humanos. ¿Podemos percibir aquí el camino hacia la verdadera unidad entre los miembros de la familia de Dios?

No obstante, en muchas ocasiones, los creyentes no estamos a la altura debida, y eso, por supuesto, no quiere decir que haya fallado el modelo. También ocurre así cuando aparecen problemas en los hijos, en el aspecto de celos, envidia o desunión. Esto no tiene que ser siempre por la relación inadecuada de los padres. Pensar así sería simplificar la situación de una forma inadmisible.

Una relación adecuada con el primer hijo. La relación entre los padres y el primero de los hijos es muy importante. El tipo de relación que establezcan favorecerá o irá en detrimento de la relación futura entre los hermanos.

Una relación saludable, con amor, cuidados, atención… y, al mismo tiempo, normas claras, será de gran utilidad. Debe integrarse al niño en las expresiones de afecto entre los padres, mediante abrazos, besos y juegos, evitando lateralizaciones del niño hacia uno de los progenitores. Esto es fundamental y será muy positivo para que luego se vea facilitada la relación con otros hermanos, si los hubiera. Si aparecieran las lateralizaciones mencionadas, la figura "favorecida" por las manifestaciones del niño, deberá ser la que coloque, con cariño y ternura, las cosas en su lugar.

Por otra parte, tanto los padres como el resto de los familiares, aunque deben prodigarse en muestras de cariño –absolutamente necesarias para el desarrollo adecuado del niño– se debe huir del exceso, tanto en actitudes sobreprotectoras, como en mimos desmesurados, etcétera. Favorézcase, por lo tanto, un ambiente de amor, de respeto, con muchas manifestaciones afectivas, pero sin actitudes consentidoras, las cuales no fomentan la maduración emocional y afectiva. Si tomamos este camino, estaremos sembrando para la futura unidad entre los hermanos.

Respecto a los hermanos de iglesia, tampoco deberían fomentarse nunca actitudes partidistas o preferenciales, debiendo ser todos iguales en importancia y necesidad de cuidados. Esto será algo importante por lo que trabajar. De su logro dependerán muchas cosas.

Una actitud inteligente ante la llegada del hermano. Cuando viene el segundo niño, los padres deberán prevenirse, y prevenir al entorno familiar. El niño "nuevo" no debe "restar" sino "sumar" en la familia. Y aunque es cierto que tendrá necesidades diferenciadas e importantes que atender, deberán hacerse las cosas con la prudencia y discreción necesarias.

Y, siempre que se pueda, se integrará al propio hermanito mayor en las atenciones necesarias que deben ser dadas al pequeño, valorando mucho su ayuda y expresándola como necesaria.

Cuando los niños se van haciendo más mayorcitos, el ambiente de juego, risas compartidas, salidas todos juntos,… va a ser el "cemento" que une, vincula y hace sólida y hermosa la relación entre todos en el hogar. Cuanto más tiempo vivido juntos, cuantos más recuerdos compartidos, cuanta más ayuda de unos hacia los otros… más se cosechará en unidad entre todos, y también entre los propios hermanos.

Y si en algún momento vieran los padres que uno de sus hijos está triste o preocupado, será muy positivo preguntar al otro hermano, pedirle su opinión, preocuparse juntos por ayudarle, e incluso orar. Si esto se integra en la vida de la familia, se vivirán experiencias muy valiosas. Probablemente, en alguna ocasión, vendrá uno de los hermanos a hablar con los padres sobre algo que le preocupa de su hermano y preguntando cómo se le podría ayudar. Para un padre, este momento es algo muy especial, sobre todo si su hijo le dice: "Papá, ¿podemos orar por …?" Siempre he pensado que Dios, como el gran Padre celestial, debe sentirse muy confortado cuando alguno de sus hijos le ruega por otra de sus criaturas amadas.

En la familia de Dios, debemos fomentar la preocupación de los unos por los otros, la oración intercesora de los unos por los otros… Y, al propio tiempo, debemos estar abiertos a la llegada de nuevos hermanos. De hecho, ese es el motivo fundamental de la existencia de la iglesia: ser cuna y hogar para todos aquellos a los que el Espíritu de Dios consigue convencer para vida eterna.

La figura del hermano mayor

Recuerdo cuando, siendo pequeño, en ocasiones se generaban en el colegio situaciones en las que los niños mayores abusaban un poco de su condición. A lo mejor te quitaban la pelota con la que estabas jugando, y cosas así. No eran cosas importantes, pero a los pequeños nos fastidiaban mucho. En aquel tiempo yo tenía un amigo unos años mayor que yo, que vivía en la puerta de al lado de mi casa. Yo le tenía mucho cariño y admiración. Él jugaba conmigo a pesar de su edad más avanzada y de que tenía muchos amigos de su propia edad. Pues bien, en ocasiones, cuando él estaba por allí en el momento en que los mayores se excedían un poco, acudía sin dilación y hacía que se nos respetase. Como es de imaginar, yo me sentía orgulloso de mi amigo y, en alguna ocasión, incluso llegué a decir: "me gustaría que fuera mi hermano".

Jesús es nuestro hermano mayor, y es con el reconocimiento y admiración hacia ese verdadero y maravilloso hermano mayor, que quiero terminar estas líneas. Entiendo que debemos recordar, tanto en el seno de la familia, como en el marco de la iglesia, que Jesús es nuestro hermano mayor, nuestro protector y nuestro ejemplo y guía… De hecho, de ningún otro se puede decir: «*Haya pues, en vosotros, los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús*» (Fil. 2: 5).

Y este hermano mayor lo es tanto de los padres como de los hijos, y también de cada persona que forma parte de la familia de Dios.

Favoreciendo la unidad con otras familias

«*Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras, no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca*» (Heb. 10: 24, 25, RV 1995).

Vivimos en una sociedad llena de contradicciones. Las palabras escritas por Charles Dickens hace 150 años describen muy bien la realidad contemporánea: «Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada».[1]

Éste es el contexto en el que se desarrolla la misión de nuestra iglesia, y también en el que vivimos nuestra vida de familia y en el que educamos a nuestros hijos. Es más, nuestras propias familias viven esta paradoja de los tiempos modernos. Esto se ve en la creciente tasa de divorcios, en la violencia doméstica, en las disensiones, en el aislamiento en el seno de la familia e incluso en la iglesia local.

En esta ocasión os propongo dar un paso más hacia el cumplimiento de la oración del nuestro Salvador: «*para que todos sean uno*».[2] Es el momento para redescubrir la importancia de la unidad con otras familias. Es el momento para buscar los métodos prácticos para lograrlo. Y por último, es el momento para dar pasos hacia una iglesia donde las familias se unan para gloria de Dios.

No dejando de congregarnos

Todo el pasaje es una cariñosa invitación a la comunión, al acercamiento a Dios y entre nosotros. En el versículo 22 se nos invita: «*Acerquémonos, pues, con corazón sincero*» a Jesús, nuestro Sumo Sacerdote. Luego, se nos exhorta: «*Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza*». Los versículos 24 y 25 continúan la serie de exhortaciones, subrayando la dimensión comunitaria de la fe cristiana: «*considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras. No dejando de congregarnos*».

Mientras que algunas traducciones de la Biblia (RV, 1909) parecen subrayar el lugar del culto «*No dejando nuestra congregación*», otras versiones están más cerca del significado original de la Biblia y hablan sobre el acto en sí, sobre la acción: el encuentro fraternal. Aquí Pablo nos invita a no descuidar «*el reunirnos nosotros mismos*».[3] La misma palabra se traduce en 2 Tesalonicenses 2: 1 por: «*nuestra reunión*».

Sergiu Eduard Gavril
Pastor de las Iglesias Madrid Eben-Ezer y Madrid-Resurrección

Mirando hacia el mundo del Nuevo Testamento, hacia el nacimiento de la iglesia cristiana, no podemos dejar de notar el énfasis que se da a la importancia de que exista una relación cercana entre los creyentes, una verdadera unidad entre las familias. Las primeras iglesias no eran más que una familia grande. En otros lugares son varias familias que se unieron y se reunieron en la casa de uno de los creyentes.[4] Así, leemos sobre Filemón y «*a la iglesia que está en tu casa...*»,[5] Ninfas y «*la iglesia que está en su casa...*»[6] Aquila y Priscila, y «*la iglesia que está en su casa*».[7]

El encuentro de las familias es esencial para avanzar en nuestra fe y para edificarnos en Cristo. La exhortación para la comunión y para la unidad de los creyentes no se hizo sólo en tiempos de los apóstoles, sino también en periodos subsiguientes. En *La Didajé*, un manual de la iglesia de finales del siglo primero, aparece un pensamiento similar.[8]

Por lo tanto, a través del tiempo podemos ver que una iglesia saludable es aquélla que está formada por hogares en los que están unidos el esposo y la esposa, formando una familia fuerte y donde, además, se promueve la unidad con otras familias que comparten ideales y creencias comunes.

¿Por qué la unidad con otras familias?

Existen varias razones principales por las que vale la pena promover la unidad entre las familias y pequeños grupos para crear lugares y oportunidades donde puedan reunirse:

1. **Comunión y desarrollo relacional**. Uno de los efectos del pecado –tan acentuado por la tecnología moderna– es el aislamiento: la separación de Dios, la soledad del ser humano (incluso en pareja). En cuanto a la comunicación, vivimos el mejor momento y el peor. Comunicar es tan barato (a veces incluso gratis), y sin embargo, nos comunicamos tan poco. Las familias que se unen para formar un pequeño grupo desarrollan una mejor y más profunda comprensión de los demás. Nos vemos en la iglesia cada semana y nos damos la bienvenida a toda prisa, pero en una reunión de familias construimos relaciones de profundidad. Además de los padres, los niños se benefician de estas reuniones. Con el tiempo, éstos imitan el ejemplo de los padres creando un círculo de amigos. «*Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones*».[9]
2. **La profundización de la Palabra de Dios y la adoración**. La reunión de las familias es una oportunidad idónea para adorar a Dios. Es la ocasion de estudiar, hacer preguntas, dar respuestas y entender mejor la Palabra. Es el lugar donde podemos disfrutar del cumplimiento de la promesa: «*Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad*»[10]
3. **Intercambiar ideas, encontrar soluciones**. ¡Nosotros no somos "islas"! Cada uno de nosotros se ve influido por los demás y viceversa. Estoy enfrentándome a problemas que pueden haber tenido ellos también. Puede ser uno de los lugares donde nos encontremos con ideas prácticas sobre la educación de los niños, las finanzas, el trabajo. La Biblia dice: «*la seguridad está en los muchos consejeros*».[11]
4. **La oración intercesora y el servicio de los más necesitados**. Cuando oramos unos por otros y servimos a los necesitados nos identificamos grandemente con la misión de nuestro Señor: «*El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos*».[12] En el servicio a los demás hay alegría y satisfacción y, cuando se cumplen las necesidades ajenas, nosotros mismos somos fortalecidos.
5. **Integración de nuevas familias**. Cuando nos reunimos como familias cristianas, creamos un lugar para invitar a aquéllas que vienen a la iglesia desde hace poco tiempo y todavía no están integradas. Otros pequeños grupos pueden invitar a una familia mixta. Para algunos es más fácil participar en este ámbito que venir a la iglesia. Ademas, podemos testificar de la fe y del verdadero cambio que Jesús ha producido en nuestra vida familiar.

Ideas prácticas

Estas sugerencias pueden ser de utilidad para poner en práctica lo dicho anteriormente:

1. **Empieza ahora**. Para promover la unidad entre las familias no se necesita ningún entrenamiento especial, capacitación o iniciación. Los mejores planes han muerto a causa de la postergación. ¡Empieza ahora! Comienza con una familia de amigos. Poco a poco, el grupo irá en aumento.
2. **Comienza con pequeños pasos**. No esperes que todo sea perfecto en un principio y ni una participación masiva en la primera noche. La perseverancia es esencial.
3. **Crea un ambiente agradable**. Probablemente, éste sea uno de los elementos de supervivencia cruciales para estos grupos. La comunión, el himno de alabanza, la oración, deben ser presentados como algo natural. El uso de fórmulas clásicas de introducción sólo crean el efecto contrario; es decir, la rigidez. Además, podemos disfrutar del entorno natural. Elena White escribió: «Únanse varias familias residentes en una ciudad o en un pueblo, y, dejando las ocupaciones que las han recargado física e intelectualmente, hagan una excursión al campo, a la orilla de un lindo lago, o a un hermoso bosquecillo en medio de escenas naturales de gran belleza. Deben proveerse de alimentos sencillos e higiénicos, de las mejores frutas y cereales, y extender su mesa a la sombra de algún árbol o bajo la bóveda celeste...

Los padres deben hacerse niños con sus hijos, y procurar que todo sea tan agradable como resulte posible. Dedíquese todo el día a la recreación».[13]

4. **Estudia la Biblia**. Siempre me gustan las reuniones en las que se estudia la Palabra de Dios. Una manera sencilla de hacerlo es estudiar un capítulo de La Biblia en cada reunión. Al principio, cada uno de los participantes puede leer una parte del capítulo y luego todos los presentes hacen un comentario o preguntas. Es importante que nadie monopolice el debate, aunque es recomendable tener a alguien preparado para coordinar.
5. Una comida fraternal. En la iglesia primitiva, encontramos la idea de comunión y comida: «*Perseveraban unánimes cada día en el Templo, y partiendo el pan en las casas comían juntos con alegría y sencillez de corazón*».[14] Compartir la mesa, no sólo es ideal para el desarrollo de la comunión fraternal sino que, de una manera simbólica, llega a expresar la comunión con el mismo Dios: «*Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo*».[15] Por desgracia, en algunos pequeños grupos, la comida llegó a ser el objetivo principal de la reunión y una carga para algunos participantes. Los grupos que han sobrevivido a largo plazo, son aquéllos que organizan un refrigerio simple con la participación de todos.
6. **Objetivos concretos**. Tenemos que preguntarnos por qué nos reunimos y hacia dónde nos dirigimos. La unidad y el entusiasmo vienen determinados por la existencia de proyectos conjuntos medibles. Pueden ser de tipo social, misionero, educativo...
7. **Establece límites**. La unidad entre las familias nunca anula la individualidad de cada una de ellas. El esposo y la esposa jamás tendrán un confidente más confiable que ellos mismos. El grupo de amigos es siempre una ayuda, nunca un sustituto.

Vivimos en una época de contradicciones. De hecho, vivimos en una época en la que vemos que «*aquel día se acerca*». Estamos cerca del retorno glorioso del Señor. Mucho antes de que Charles Dickens existiera, otro hombre, un hombre inspirado por Dios expresó: «*¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti! Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová y sobre ti será vista su gloria. Andarán las naciones a tu luz y los reyes al resplandor de tu amanecer. Alza tus ojos alrededor y mira: todos éstos se han juntado, vienen hacia ti. Tus hijos vendrán de lejos y a tus hijas las traerán en brazos*».[16]

¡Sí! Tiempo de contradicciones, de oscuridad y de luz, pero pronto llegará el alba. Es hora de ver a las familias unidas, a los padres y a los hijos e hijas unidos, de ver un pueblo que vive en la gloria de Dios.

Referencias:

1. Charles Dickens, *Historia de dos ciudades*, Editorial Juventud, pág. 2.
2. Juan 17: 21.
3. Hanna, R., *Ayuda gramatical para el estudio del Nuevo Testamento griego*, Editorial Mundo Hispano, 1993, pág. 604.
4. Nichol, F. D., *The Seventh-day Adventist Bible Commentary : The Holy Bible with exegetical and expository comment. Commentary Reference Series* (He 10.26), Review and Herald Publishing Association, Washington D.C., 1978.
5. Filemón 1: 2.
6. Colosenses 4: 15.
7. 1 Corintios 16: 19.
8. *The Didache* (The Apostolic Fathers, vol. 1), 16.2, 333.
9. Hechos 2: 42.
10. Juan 17: 17.
11. Proverbios 11: 14.
12. Mateo 20: 28.
13. Elena White, *El hogar cristiano*, pág. 455.
14. Hechos 2: 46.
15. Apocalipsis 3: 20.
16. Isaías 60: 1-4.

Favoreciendo la unidad en la iglesia

En el último mundial de fútbol (2010), toda España estaba atenta a la evolución de la selección española. Incluso aquéllos que, normalmente, no están interesados en este deporte fueron cautivados por el desarrollo de nuestro equipo.

Hubo muchos comentarios, la mayoría a favor de la forma como estaban jugando. Pero hubo uno que se destacó sobre todos los demás: la unidad. No había quien buscara destacar por encima de los otros. Todos trabajaban con una gran armonía, apoyándose entre sí. Se pudo comprobar que, en varias ocasiones, se buscó desestabilizar el trabajo organizado y bien medido del equipo. Esto me hizo pensar mucho en nuestra familia y en nuestra iglesia, en los momentos difíciles por los que a veces pasamos y tendremos que pasar, en el intento constante del enemigo por destruir los planes de unidad entre nosotros y con Jesús, nuestro compañero de viaje.

Con frecuencia, nuestras familias y nuestra iglesia sufren los ataques del enemigo para desestabilizar la unidad entre nosotros. En esta era de posmodernismo, en la que parece estar de moda oponerse a todo sistema de orden, organización y dirección (incluida nuestra iglesia a todos los niveles); por ello, tenemos que velar con mucho interés. Como familias, vivimos momentos de desmoronamiento de los valores morales y espirituales. Como iglesia, enfrentamos el aumento del relativismo espiritual de los creyentes en el que cada persona cree tener derecho a imponer sus propias opiniones a los demás (*Cristo viene*, Norman Gulley, ACES, 1998, pág. 33). Todo es cuestionado; la realidad ya no tiene un propósito definido ni un objetivo. Por eso, todo es relativo. Verdades que han sido siempre la razón de nuestra vida espiritual, hoy son cuestionadas. No faltan personas que, sin ningún reparo, levantan su voz en contra de ellas.

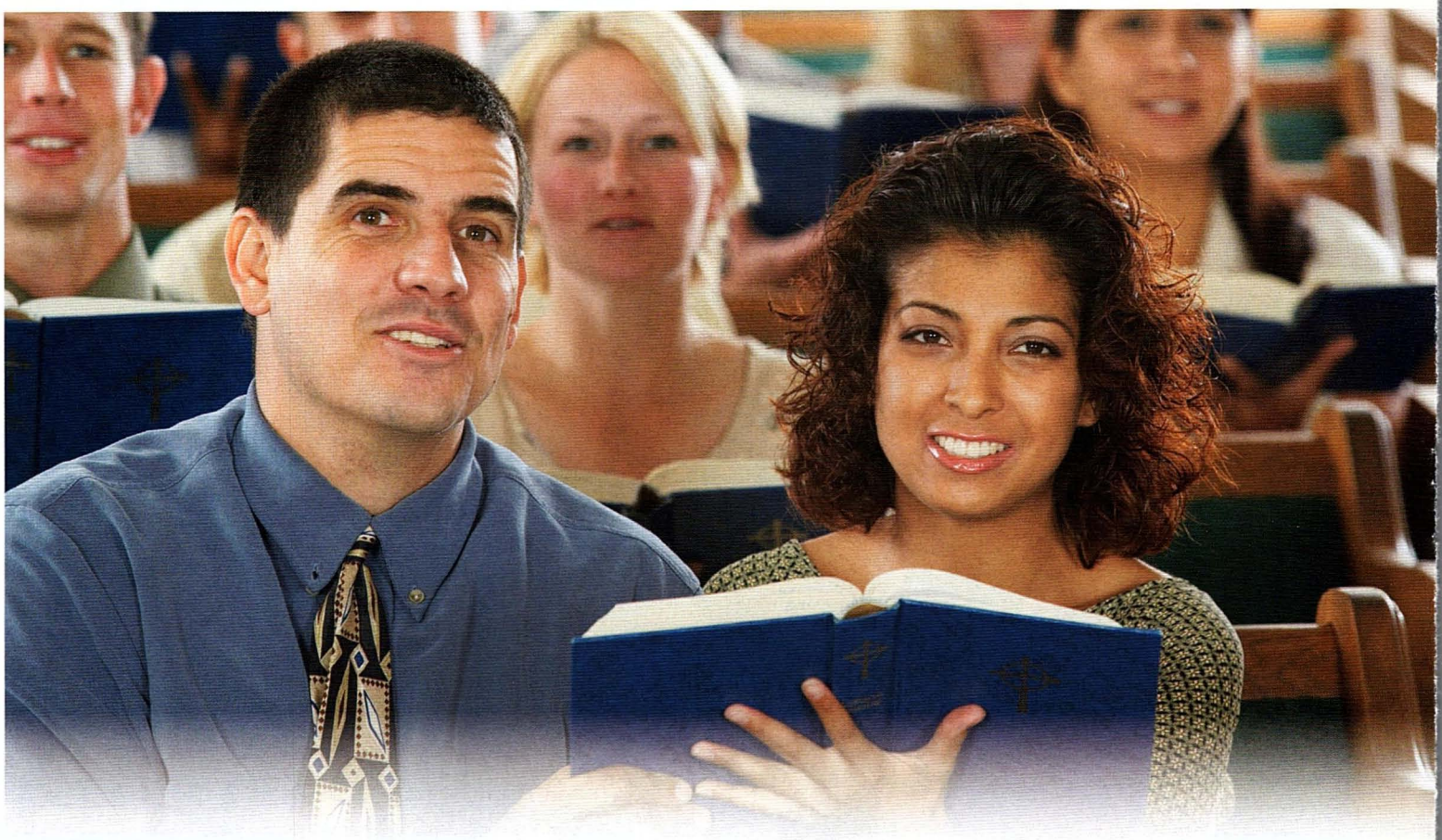
Nuestras familias enfrentan hoy problemas graves que están produciendo rupturas matrimoniales en el mismo porcentaje que fuera de nuestras iglesias. La pérdida de valores morales, la falta de comunicación entre cónyuges e hijos, la separación física de familias por buscar una estabilidad económica, están dando como resultado conflictos preocupantes.

En el ámbito de la iglesia, la falta de una experiencia personal y diaria con Jesús está llevando a la consiguiente desorientación teológica en nuestras iglesias:

- la no literalidad del Génesis (en lugar de la creación literal en siete días o el Diluvio universal que siempre hemos creído y enseñado;
- el cuestionamiento del sábado como día del Señor en el siglo XXI;
- la divinidad de Jesús y su obra salvadora;
- el Espíritu Santo;
- la inspiración de Elena White;
- el Santuario Celestial; y
- la obra intercesora de Jesús, por ejemplo.

Si a todo esto le sumamos el avance del espiritismo, el evolucionismo y las críticas severas que están

Luis Alberto Fernández
Secretario ministerial y llicenciado en Teología



recibiendo ciertas instituciones educativas adventistas a nivel mundial por seguir enseñando acerca de la Creación de Dios.

Y ¿qué decir de nuestra identidad como creyentes adventistas del séptimo día? La identidad de nuestro pueblo se manifiesta en nuestras enseñanzas y en nuestra manera de vivirlas. ¿Qué ve la gente en nosotros? ¿Qué ve en nuestras familias? La gente nos observa, aunque no seamos conscientes de ello. ¿Ven a cristianos adventistas que viven su fe de forma comprometida y entregada, no importa dónde estén? ¿O quizá ven a simples cristianos, sin una identidad definida y sin un rumbo claro? ¿Qué ven en ti? ¿Qué tipo de familias ven en nosotros? ¿Qué imagen estamos dando a los demás de nuestro comportamiento, puertas adentro y puertas afuera?

Nuestra iglesia está creciendo a un ritmo importante. Cada año, se unen a nuestras filas más de un millón de personas en todo el mundo, 2.889 adventistas al día (*Revista Adventista*, agosto 2010, pag. 5). Esto es un excelente motivo de gozo y de gratitud a Dios, porque su obra sigue imparable. Sin embrago, plantea también grandes desafíos, como el aumento de la diversidad en nuestra iglesia (lenguaje, cultura, raza, historia; hijos cada uno de su propia tierra, aunque sean adventistas). Se requiere, por tanto, mucha comprensión y tolerancia entre todos nosotros. Tenemos que ser un pueblo respetuoso con otras culturas, gustos, música, tipo de adoración; forma de vestir, de hablar, de comer y de vivir...

Por eso, el tema de la unidad en la familia y en la iglesia, en una sociedad multicultural como la nuestra, es un asunto de máxima prioridad. El plan de Dios es que "seamos uno". Y, si esa unidad se rompe, corremos el riesgo de desintegrarnos como familias y como iglesia única (Félix Cortes A., *Revista Ministerio Adventista*, año 60, nº 2, marzo-abril 2003, pág. 14).

Es verdad que, como iglesia, nos falta una mayor unidad y muchas cosas que cambiar, pero «deberíamos recordar que la iglesia, aunque débil y defectuosa, constituye el único objeto en la tierra al cual Cristo otorga su consideración suprema» (*Mensajes Selectos*, vol. 2, pág. 457).

«No hay en este mundo nada que sea tan amado para Dios como su iglesia. No hay nada que él guarde con cuidado más celoso» (*Joyas de los testimonios*, vol. 2, pág. 381).

«Jesús amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella, y él la restaurará, la refinará, ennoblecerá y elevará para que subsista firmemente en medio de las influencias corruptoras de este mundo. Hombres designados por Dios han sido escogidos para velar con celoso cuidado [...] para que la iglesia no sea destruida por los malos designios de Satanás, sino que subsista en el mundo y fomente la gloria de Dios entre los hombres» (*Testimonios para los ministros*, pags. 52, 53).

Ésta es nuestra iglesia, una iglesia «debilitada y deficiente, que necesita ser reprendida, amonestada y aconsejada, es (sin embargo) el único objeto de esta tierra al cual Cristo concede su consideración suprema" (*Testimonios para los ministros*, pags. 45, 49).

No es una iglesia más, sino la iglesia de Cristo. Es la iglesia que necesita mejorar en muchos aspectos, pero delante de la cual, el Señor va al frente, pues es "Dios quien encabeza la obra y él pondrá en orden todas las cosas. Si hay que realizar ajustes en la plana directiva de la obra, Dios se ocupará de eso y enderezará todo lo que esté torcido. Tengamos fe en que Dios conducirá con seguridad hasta el puerto el noble barco que lleva al pueblo de Dios» (*Mensajes Selectos*, vol. 2, pág. 449).

¿Te sientes privilegiado de formar parte de esta iglesia en constante movimiento? ¿Has pensado que no habrá otra iglesia más allá de la anunciada por la profecía bíblica? La iglesia de Laodicea será la última iglesia antes de que Jesús vuelva en gloria y majestad. Somos una gran familia llamada por Dios a permanecer unidos entre nosotros, y todos juntos con Aquél que nos ha sostenido hasta el día de hoy.

«Un pueblo llamado por Dios a estar unidos en un cuerpo simétrico, sujeto a la inteligencia santificada del conjunto. [...] Dios está conduciendo a un pueblo para que se coloque en perfecta unidad sobre la plataforma de la verdad eterna» (*Joyas de los testimonios*, vol. 1, págs. 444-448).

¿Por qué poner tanto énfasis en la unidad entre todos nosotros? Porque se necesita llegar a la unidad apostólica que dio como resultado el derramamiento del Espíritu Santo. Y esto difícilmente sucederá si como familias no somos capaces de vivir la unidad en el hogar. Ésta debería ser nuestra prioridad más grande.

Nuestra iglesia difícilmente permanecerá unida si nuestras familias no lo están. El que se preocupa de este tema en un ámbito más pequeño en número (familiar), también lo hará en el ámbito mayor, que es la iglesia.

«*En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros*» (Juan 13: 35). ¿Qué trato muestro yo en casa? ¿Qué ven mis hijos en mí? ¿Cómo me ve mi esposa cuando estoy en la iglesia? ¿Soy diferente fuera que dentro del hogar? Tenemos que hacer grandes esfuerzos por mantener la unidad en la familia y en la iglesia. Sólo puede ser posible si hay entre nosotros un auténtico reavivamiento, como en Pentecostés, que llegaron a estar «*todos unánimes, juntos*» (Hech. 2: 1). Esto implica más que una reunión de personas; señala a una unidad en espíritu, en propósitos y en sentimientos.

Con demasiada frecuencia se percibe desunión en nuestras propias familias y, a menudo, la tensión familiar termina por afectar también a la unidad de la iglesia. ¿Y cómo es posible llegar a esta unidad? Cuando mantenemos un tiempo real de contacto con Dios por medio de la oración; cuando dedicamos mayor tiempo a estudiar las Escrituras, intentando descubrir el plan de Dios para nuestras vidas; cuando sentimos pesar por aquéllos que perecen sin conocer al Señor; cuando obedeces la voz del Espíritu Santo que te dice: "Ve y pide perdón", o "No digas eso porque vas a lastimar a tu esposa", o "No actúes así porque hieres a tu hermano", o "Reconoce tu pecado y pide perdón". Esto sólo es posible cuando mantenemos una relación tan íntima con Jesús que su Espíritu nos guía hasta los detalles más pequeños de nuestra vida familiar y en nuestras propias iglesias.

Ha llegado la hora de hacer cambios significativos en nuestros hogares, y en nuestras iglesias; pero esos cambios sólo se producirán cuando primero sucedan en nuestra propia vida personal.

Elena White escribió: «Lo que causa división y discordia en las familias y en la iglesia es la separación de Cristo. Acercarse a Cristo es acercarse unos a otros. El secreto de la verdadera unidad en la iglesia y en la familia no estriba en la diplomacia ni en la administración, ni en un esfuerzo sobrehumano para vencer las dificultades –aunque habrá que hacer mucho de esto– sino en una unión con Cristo. [...] Cuanto más nos acerquemos a Cristo tanto más cerca estaremos uno del otro» (*El hogar cristiano*, pág. 158).

Estamos viviendo en un tiempo en el que se ha de manifestar una unidad completa, mediante la presencia del Espíritu entre nosotros. Dios va a «derramar de tal manera su Espíritu sobre su pueblo, que éste se convertirá en una luz en medio de la oscuridad moral, y se reflejará en todas las partes de mundo» (Comentarios de Elena White, *Comentario bíblico adventista*, t. 4, pág. 1196). Esto debe comenzar dentro de nuestros hogares.

Hoy más que nunca, necesitamos despertar de nuevo el culto en familia, pasar tiempo a solas con Jesús diariamente, alimentándonos abundantemente de su palabra, orando y alabando su nombre.

No son tiempos fáciles ni para la familia, ni para nuestra iglesia. Son tiempos difíciles para ambas instituciones divinas, pues los zarandeos en todas direcciones están afectando a muchos. En cuanto a la vida espiritual, está señalado que habrá quienes abandonarán la fe, lo mismo que ha sucedido en todas las épocas. Seguirá habiendo familias destrozadas. Serán tiempos de dificultad cuando se distinguirán los verdaderos creyentes de los que no lo son.

«El permanecer de pie en defensa de la verdad y la justicia cuando la mayoría nos abandone, el pelear las batallas del Señor cuando los campeones sean pocos, ésta será nuestra prueba. En este tiempo, debemos obtener el calor de la frialdad de los demás, valor de su cobardía, y lealtad de su traición» (*Joyas de los testimonios*, vol. 2, pág. 31).

Nuestra iglesia atravesará momentos en que parezca estar a punto de perecer, «pero no caerá» (*Mensajes Selectos*, vol. 2, pág. 436), porque es la iglesia verdadera de Dios.

Hay que tomar decisiones claras si queremos seguir adelante. Debemos crecer en la gracia, en casa o donde nos encontremos. Tanto en el hogar como en la iglesia, «debo velar sobre mi espíritu, mis acciones y mis palabras; dedicar tiempo a fortalecer mis principios rectos. Debo meditar en la Palabra de Dios noche y día e introducirla en mi vida práctica» (*El hogar cristiano*, pág. 159).

Jesús será exaltado ante el mundo por medio de la demostración práctica de la unidad y del amor de Dios en los hogares y en su iglesia. No será un sermón perfecto lo que cambiará mi hogar ni el mundo; ni siquiera el programa evangelístico más grandioso que podamos organizar, sino el amor de Dios manifestado en ti y en mí, en una vida poderosamente unida a Jesús, y hogares comprometidos con su iglesia fiel. Será el amor de Dios revelado en hombres y mujeres, jóvenes y ancianos caídos y pecaminosos, pero que habrán sido transformados a la imagen de Cristo por el poder del Espíritu Santo. Hombres y mujeres como tú y como yo. Aun sobre nuestros propios hijos, la obra de Dios se evidenciará.

Éste es el tiempo glorioso que nos ha tocado vivir, y en el que ninguno debiera quedar afuera. Es un tiempo de decisión y de compromiso con Dios. Es un tiempo de milagros junto al Maestro; un tiempo de triunfo del Espíritu de Dios, manifestado a través de todos sus seguidores, en favor de los perdidos. Es tiempo de ver los cambios del Señor en nuestras vidas, en nuestras familias, en nuestras iglesias, en todo el pueblo de Dios en la redondez de la tierra.

¿Qué decisión vas a tomar con relación a tu Dios, a tu familia y a tu iglesia?

Cuando el poder del Espíritu descienda sobre todos sus hijos comprometidos con él, se manifestará en forma poderosa. «Miles de voces predicarán el mensaje por toda la tierra. Se realizarán milagros, los enfermos sanarán y signos y prodigios seguirán a los creyentes» (*El conflicto de los siglos*, pág. 612).

Yo deseo, con todas mis fuerzas, que Dios pueda transformar nuestras vidas por completo. Que la presencia de su Santo Espíritu pueda evidenciarse en una familia unida que contagie a la iglesia, porque hayamos aprendido a hacer de Dios lo más importante en nuestras vidas, y que así, capacitados por Dios, podamos terminar la tarea de alcanzar con su Espíritu a todos aquéllos que todavía viven en tinieblas y mueren sin esperanza.

Bienvenidos a los días en que el Señor manifestará su poder en todos los que hayan aprendido a hacer de su relación con él lo más importante en sus vidas.

Educando para la unidad en el mundo:

La Tierra, una casa para todos

El terremoto de Haití o las inundaciones en Pakistán sacuden nuestra burbuja de cristal. Dios preparó en el Edén una gran casa en la que albergar a toda la familia humana. Tras el pecado, algunas habitaciones se tornaron más insalubres, menos soleadas, húmedas o frías mientras que en otras hace demasiado calor…

Dios evita abrumarnos con su poder y se nos acerca desde la sutileza, camuflado en las personas que nos rodean. «*Porque tuve hambre, y me distéis de comer; sed y me distéis de beber; desnudo y me cubristeis, extranjero y me acogisteis, enfermo y me visitasteis […]*» (Mat. 25: 35, 36).

Sí. Él preparó este planeta, una gran casa en la que todos podamos vivir juntos y en paz como la familia que debiéramos ser. Tú y yo nos hemos situado bien, en las habitaciones más espaciosas, amplias y soleadas, cerca del huerto y del jardín, a la vera del pozo y los frutales, próximos al leñero y al calor del hogar. Con frecuencia olvidamos que si abrimos la ventana aquí, alguien estornudará allí o se pillará los dedos con el portazo; si yo acaparo todo lo que hay en el frigorífico, otros pasarán hambre; si aquí enciendo un fuego, el humo hará toser en algún rincón de la vivienda; si quemo toda la leña en mi chimenea, en otras dependencias castañetearán los dientes.

Aunque nuestra habitación está bien situada y nuestra despensa repleta, otros sueñan con ofrecer a sus hijos las mismas comodidades y atenciones que nosotros. Nada más justo y razonable. Así, aparecen fronteras y aduanas, globalizaciones, impuestos y aranceles, mercados poco comunes y crisis cada vez más cercanas que resucitan fantasmas, tabúes y supersticiones que creíamos enterrados.

A pesar de que ni tú ni yo elegimos en qué lugar nacer, sí decidimos cómo y dónde nos establecemos o crecen nuestros hijos. Vivimos en un periodo de migraciones. La diversidad siempre es un elemento enriquecedor, pero también desestabilizador. Al principio, nuestras diferencias nos hacen gracia a ambos y las vemos o vivimos desde el respeto; pero, a la larga, podemos incurrir en la tentación de tratar de imponerlas. Ceder a ello, iría en contra de la ética de Jesús y de las relaciones basadas en el amor que él espera que caractericen a su iglesia. Ser más o haber llegado antes no serán argumentos válidos para la imposición. Nuestra fraternidad tiene un llamamiento desde la eternidad.

Para ser buenos vecinos, no hace falta que nos vistamos de manera similar, que comamos lo mismo, que compartamos la religión ni que hablemos el mismo idioma. A veces, lo que parece una diferencia insalvable entre un hombre y una mujer no llega más allá de la fisiología genital…

Y es tan sencillo como aceptar que hay otras maneras de ver el mundo, igualmente válidas; es tan simple como que entiendas que tus diferencias no te hacen mejor sino, simplemente, distinto y eso nos enriquece a ambos; es tan evidente como asumir que para Dios yo soy muy, muy importante… más o menos, ¡tanto como tú!

Nosotros ya vamos tarde y mal, porque la globalización y la interculturalidad nos han arrollado y no hemos sabido gestionar a tiempo nuestras diferencias.

Joan Llorca
Director del Departamento de Educación de la UAE. Licenciado en Pedagogía

Tampoco hemos entendido y vivido del todo el papel no excluyente ni sectario del evangelio de Jesús. En realidad, ni nuestra religiosidad ha sido capaz de evitarnos –en alguna de sus formas y manifestaciones– tics sexistas, racistas, clasistas o discriminatorios. Pero tal vez podamos educar y educarnos con nuestros hijos para que sean y seamos la familia que hoy aún no sabemos ser.

Educar viene de *ducere* que significa "dirigir" o "conducir". Ello implica una intención y una dirección que vienen definidas por nuestra escala de valores. Los valores serían un poco los principios que nos permiten distinguir entre lo bueno y lo malo, lo apropiado o lo inapropiado, lo conveniente y lo inconveniente. Los valores sólo se pueden asumir de un modo libre y autónomo por cada individuo. Si los imponemos, ya estamos hablando de normas o condiciones de afiliación. Con frecuencia tratamos de concretar los valores en acciones por medio de las normas. Esto puede ser práctico y didáctico, pero nos pone en el peligro de confundir principios con normas, el fin con los medios, lo superficial con lo estructural.

Educación de los valores

Hay tres grandes modelos de educación de los valores:

- **Modelos basados en valores absolutos.** Tienen en común la voluntad de eliminar de la vida humana los conflictos morales. De alguna manera, el ser humano ya no ha de enfrentarse a conflictos de decisión, porque las respuestas están previamente establecidas y son las mismas para todos y en todas las circunstancias, al margen de las diferencias individuales. El comportamiento humano está minuciosamente regulado mediante leyes civiles y religiosas. Por ejemplo: "Recuerda, hijo, que mientras estés en esta casa-o iglesia-, las cosas se hacen así porque lo digo yo".
- **Modelos basados en valores relativos.** La concepción relativista también pretende eliminar de la vida humana los conflictos de decisión aceptando como buenas cualesquiera de las decisiones subjetivas de los implicados. Aceptan la dificultad que conlleva encontrar soluciones generalizadas a los problemas morales, y nos acaban llevando a la cambiante asunción de los valores moralmente aceptados en cada momento de la historia. Por ejemplo: "No sé, tú ya eres mayorcito. Decide lo que mejor te parezca". "¡Tú no te metas en mi vida!"
- **Modelos basados en la construcción racional y autónoma de valores.** Tienen en común la desconfianza en fórmula mágicas que nos liberen de un modo permanente de los conflictos morales y, también, de las posibilidades de la ciencia y de la tecnología en este sentido. Se basan en el razonamiento como fuente de decisión individual y colectiva. Afirman que no todo es igualmente bueno o apropiado y que existen posibilidades, basadas en el diálogo, el razonamiento y algunos principios morales que tienen un carácter universal y abstracto.

  Por medio del diálogo, la reflexión, la empatía y el autocontrol llegamos a la construcción de principios universalmente aceptables que permiten regular la propia conducta y construir formas de vida concretas más apropiadas y más justas. Ejemplo: "Hijo, lo que me preguntas es muy complicado y no sé bien qué decirte. ¿Qué te parece si leemos y oramos juntos? Luego, cuando ya lo tengamos un poco más claro, podemos pedir su opinión al pastor o a tu profesor".

La cultura es un factor cambiante. Nosotros tenemos tendencia a creer que nuestra cultura es superior a las otras, y por eso pensamos que sabemos hacerlo mejor, que somos mejores o más fieles. Esto es sólo un espejismo, una distorsión de la realidad. El único punto de referencia aceptable es el de Jesús, y será nuestra relación con él la que nos ayudará a encontrar en cada caso la posición más adecuada, que bien podría no ser la tradicionalmente nuestra.

Cuanto más nos fijemos en las normas, más legalistas, intrasingentes y sectarios nos

manifestaremos. Cuanto más nos fijemos en los valores seremos más abiertos, humildes, integradores y respetuosos.

Dios, mediante su Palabra, pone en nuestro corazón sus principios, sus valores eternos y su concreción en normas. También nos ayuda a contextualizarlas y, de un modo natural, se van materializando en un comportamiento autónomo (o dependiente sólo de él), ético y bueno. A este proceso la Biblia lo llama conversión, y al resultado el nuevo hombre o la nueva mujer.

Orientaciones para educar en valores

- Nuestro objetivo básico debe ser la construcción de un pensamiento moral autónomo, justo y solidario. Independencia de todo y de todos, salvo de Dios.
- Adquirir habilidades dialógicas (diálogo, reflexión, vida devocional) para intercambiar opiniones y contrastarlas.
- Comprensión crítica de la realidad valorando las implicaciones de las propias decisiones por medio de la reflexión y la oración.
- Conocer y estar familiarizados con textos moralmente relevantes (para nosotros, evangelio).
- Desarrollar un conocimiento real de uno mismo que facilite el plan de vida (Efe. 1: 3-5).
- Construir comportamientos coherentes con los juicios morales alcanzados.
- Crear mecanismos de regulación de la propia conducta (santificación).
- Asumir valores que hagan posible la convivencia (Gál. 5: 22).

Herramientas para trabajar los valores en familia

- **Espiral de valores**. Dibujar una diana y poner en el centro los que nos parecen más esenciales e ir alejando los accesorios.
- **La hoja de valores**. Presentar un texto, recorte de periódico o imagen que trate un tema moralmente controvertido con la intención de provocar un diálogo que clarifique y depure los propios posicionamientos.
- **Frases inacabadas y preguntas esclarecedoras**. Fuerzan a pensar en creencias, actitudes, deseos y comportamientos. Deben ser provocativas y directas ("Los hombres somos superiores a las mujeres porque...", "no podemos fiarnos de los emigrantes porque...").
- **Discusión de dilemas morales.** Se trataría de provocar un conflicto creando incertidumbre como motivación para acabar elaborando un juicio moral superior a la luz del evangelio. No ha de tener fácil solución, pues habrá que elegir entre dos valores deseables. Como variante, se puede introducir la fórmula de turnarse en la defensa o refutación de un posicionamiento para acabar asumiendo el valor moral superior consensuado. Por ejemplo: "¿Hizo bien Rahab en mentir para salvar a los doce espías?"
- **Valoración de alternativas y previsión de consecuencias.** Se trataría de valorar el resultado y las diferentes soluciones posibles a un conflicto o dilema moral para todos, desde los puntos de vista de cada uno de los implicados.
- **Estudio de casos.** Se plantea un tema que implique un dilema moral. Se hacen grupos de trabajo y cada uno aporta su valoración. Entre todos se elige la más interesante de cada grupo, se trabaja y se acaba con una puesta en común.
- **El intercambio de papeles.** Tras producirse un dilema o un conflicto, se intercambian algo de ropa y cada uno explica cómo se siente. La inercia lleva a hablar desde la propia experiencia y cuesta simular la del oponente. Cuando se consigue, se facilita la comprensión del punto de vista del otro desde la propia experiencia.
- **"Role-playing" o dramatización de situaciones.** Se trata de escenificar una situación moral dada. Ayuda a entender y comprender la situación en la que se encuentran las otras personas. Previamente, se debe definir bien los condicionantes y situaciones de cada uno de los personajes.
- **Debates.** Discusión abierta de temas acerca de los cuales no tenemos una respuesta universal. Se ejercitan el turno de palabra y el respeto para depurar las ideas. Es imprescindible que el moderador o moderadora esté debidamente formado y documentado.
- **La autoobservación: Valoración del propio comportamiento.** Por ejemplo, registrando en vídeo la actitud durante una actividad concreta, el propio comportamiento, el respeto al turno de palabra, la conducta en los tiempos de juego... El interesado anota en una ficha los distintos comportamientos que repite. Cuenta sus observaciones y saca sus propias conclusiones.

- La imaginación al poder...

Sabemos que la solución a los problemas del mundo es la Segunda Venida de Jesús; pero, mientras aguardamos, podemos trabajar en su nombre por la construcción de un mundo más digno y más justo en el que quepamos todos sin incomodarnos. Y esta tarea, sin ninguna duda, empieza en el hogar y sigue en la escuela. Y esta realidad deben beberla y vivirla constantemente en su iglesia.

«*No tengo mayor gozo que el oír que mis hijos andan en la verdad*» (3 Juan 1: 4).

Anexo 1
Relación de valores morales según Unitarios Universales

- **Vivir con integridad**, tanto intelectual, como moral. Decir lo que sabemos que es así y hacer lo que sabemos que es correcto.
- **Vivir con compasión**. Identificarse con los otros seres humanos y criaturas sobre la tierra; ayudar y ser amables.
- **Vivir con percepción**. Ser sensibles a la belleza, a los sentimientos y a las verdades ocultas.
- **Vivir en relación**. Estar abiertos a la intimidad y participar en la comunidad.
- **Vivir con propósito**. Establecer un compromiso continuado con el crecimiento, y perseverar en los esfuerzos para asimilar nuevas habilidades, y usar nuestras capacidades productivamente para cambiar el mundo de manera útil.
- **Vivir con atención**. Ser conscientes de nuestro dolor y nuestro gozo, ser reflexivos en nuestro conocimiento de nosotros mismos, y saborear todos los momentos de la vida.
- **Vivir con profundidad**. Mantener un sentido de conexión con nuestro propio pasado y futuro, con el mundo que nos rodea, con aquéllos que amamos, y con aquella fuente de vida que hace posible el resto.

Anexo 2
Algunos valores que podemos trabajar en familia

Alegría	Discreción	Laboriosidad	Respeto
Amistad	Docilidad	Lealtad	Responsabilidad
Amor	Empatía	Liberalidad	Sabiduría
Aprender	Entusiasmo	Mando	Sacrificio
Audacia	Esperanza	Moderación	Sencillez
Autodominio	Espiritualidad	Obediencia	Sensibilidad
Bondad	Familia	Optimismo	Servicio
Benignidad	Flexibilidad	Orden	Sinceridad
Compasión	Fortaleza	Originalidad	Solidaridad
Comprensión	Generosidad	Paciencia	Superación
Comunicación	Gratitud	Paz	Templanza
Confianza	Gozo	Perdón	Valor
Conocimiento	Honestidad	Perseverancia	Veracidad
Coraje	Humor	Perspectiva	Voluntad
Crítica constructiva	Ingenio	Piedad	
Curiosidad	Inteligencia práctica	Prudencia	
Decencia	social	Pudor	
Desprendimiento	Justicia	Puntualidad	

La unión perfecta *en el* cielo

Jesús Calvo
Presidente de la Unión Adventista Española. Licenciado en Psicología

El tema que vamos a tratar es todo un desafío, porque se trata de analizar algo deseado y esperado, pero no conocido. Me refiero a la unión perfecta en el cielo.

Los sueños

Hablemos un poco de los sueños, porque comentar algo que no conocemos es, en cierta forma, ponerse a soñar. ¿Has soñado alguna vez? Sin duda que sí, todos lo hacemos. Algunas personas preguntan la razón del por qué soñamos. La respuesta que dan los expertos es que los sueños son la forma como la mente descarga las alegrías o las tensiones interiores. Es una forma de supervivencia frente a preguntas, deseos y aspiraciones satisfechas o no satisfechas. Por esta razón hay sueños que podríamos catalogar de deseados mientras que otros serían no deseados.

Todos los sueños tienen que ver con nuestra realidad, porque los sueños se componen de las experiencias vividas, sean éstas reales o irreales. Por el contrario, nunca se crean de cosas desconocidas. En este sentido, ¿podemos soñar con la Tierra Nueva? Claro que sí, porque forma parte de nuestra realidad como creyentes, aunque no podremos soñar con aspectos concretos de la Tierra Nueva. La razón es clara: no tenemos los datos en nuestro cerebro. Por ejemplo, ¿podrías decir cómo será esa tierra? ¿Cómo serán las cosas allí? ¿Cómo se contará el tiempo? ¿Cómo repartiremos los momentos? ¿Qué será lo mucho o qué será lo poco? ¿Qué capacidades tendremos? ¿Qué podremos y qué no podremos hacer?... y así podríamos seguir con un largo etcétera.

Hablar de la unión perfecta es soñar despierto, y soñar despierto es entrar en una dimensión distinta a los sueños que tenemos cuando estamos dormidos.

Soñemos despiertos

Imagínate que ya estás en el cielo. Dime, ¿en qué piensas? Probablemente piensas en varias cosas: por ejemplo que te encuentras bien, que estás sonriendo, que tu mente y tu corazón están abiertos porque el espíritu que reina allí es el de la confianza. Sin duda que también pensarás en los demás y, ¿cómo están los demás? Curiosamente, están igual que tú. Se encuentran bien, sonríen y tienen una actitud de confianza.

Sigamos soñando. Allí puedes hacer muchas cosas que aquí no te es posible. Puedes trasladarte de un lugar a otro, no importa la lejanía. Puedes conocer a todas las personas que están allí y puedes entenderte con todas las personas ya que no existe la confusión de lenguas. Puedes ver a los ángeles y hablar con ellos. Puedes ver el lugar donde vive Dios... y todo ello, en un ambiente que rebosa paz y confianza. No te das cuenta del tiempo porque descubres que hay tantas cosas para hacer...

¡Qué bonito mundo! ¿Verdad? Todos felices, todos ocupados, todos haciendo cosas que llenan nuestra vida y la de los demás. La verdad es que vivir en un mundo así es fantástico: todo es bueno, todo está bien, todo es correcto.

Pregúntate: ¿Cómo es posible que ese mundo sea así? ¿Que no haya nada que rompa la armonía? ¿Que

no existan la violencia, la mentira, la tensión... en resumen, problemas?

La unidad perfecta

Sin duda que la unidad más íntima y más fuerte que tenemos en esta tierra es el matrimonio. ¿Qué ocurre con esta unidad? Como adventistas, cuando hablamos a nuestra sociedad del matrimonio, decimos que éste es necesario para la felicidad, realización y desarrollo de las personas. Cuando profundizamos un poco más, aceptamos que se trata de una unión imperfecta; es decir, sujeta a altibajos, a momentos buenos y a momentos no tan buenos. Ésta es nuestra tristeza, comprobar que el matrimonio puede ser dañado, estropeado e incluso roto.

¡Qué hermoso sería ver que la persona que hoy te ama, te ama también mañana y siempre, porque nada ni nadie puede enturbiar ese amor que te llena y que te hace rebosar felicidad por todos lados!

Tristemente, hoy más que nunca, tenemos que hablar de la fragilidad matrimonial. El matrimonio se ha convertido en una especie de aventura. Y, ¿qué podemos decir de esa aventura? A juzgar por las estadísticas, tenemos que decir que se trata de una aventura en la que muchos fracasarán, una mayoría la sobrellevará como buenamente pueda y sólo una minoría la vivirá como algo especial y significativo en su vida.

Si la unión más perfecta que tenemos ha llegado a convertirse en algo tan frágil, ¿qué decir de los demás tipos de uniones? ¿Cómo es la unidad familiar, la unión entre los amigos, vecinos, compañeros de trabajo...? Todo se ha convertido en algo circunstancial, poco duradero y transitorio, porque para que funcione se necesitan tantas cosas que no podemos cumplir...

La pregunta clave es la siguiente, si a todos nos gusta tanto vivir en el clima del cielo, donde la unión con los demás es perfecta, ¿por qué no hacer un cielo en esta tierra mientras esperamos la Tierra Nueva?

La lucha cristiana

Para responder a esta pregunta, no nos queda más remedio que hablar del pecado. Él es el que nos impide conseguir lo que tanto deseamos. Me impresionan las palabras que llega a decir Pablo en un momento de su vida: «*El bien que quiero hacer no lo hago y el mal que no quiero hacer eso hago*» (Rom. 7: 19). Y esta situación le lleva a hacer una exclamar tristemente: «*¡Miserable hombre de mi! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*» (Rom. 7: 24).

La situación de Pablo es semejante a la de tantos creyentes... Sin duda que todos deseamos hacer lo bueno, pero... ¿qué ocurre? Que en lugar de hacer lo bueno, hacemos lo que no queremos. ¿Quién es el causante de esto? ¡El pecado!

Dos grandes enemigos

Cuando entró el pecado en este mundo, puso en el corazón del hombre dos virus. El peligro de estos virus consiste en que van transformando al hombre en "alguien" que no es ni querido ni deseado. ¿De qué virus estamos hablando? Del egoísmo y de la independencia.

El egoísmo

El egoísmo hace que al mirar el mundo lo veamos de una manera equivocada. Nos hace creer que la vida no puede seguir sin nosotros. Esta visión daña al hombre en su ser más profundo porque la realidad nos dice todo lo contrario. El ser humano no es protagonista de nada. Los hombres pasan y el mundo sigue. Éste comenzó sin nosotros y seguirá sin nosotros. El hombre no es el importante en esta vida.

La independencia

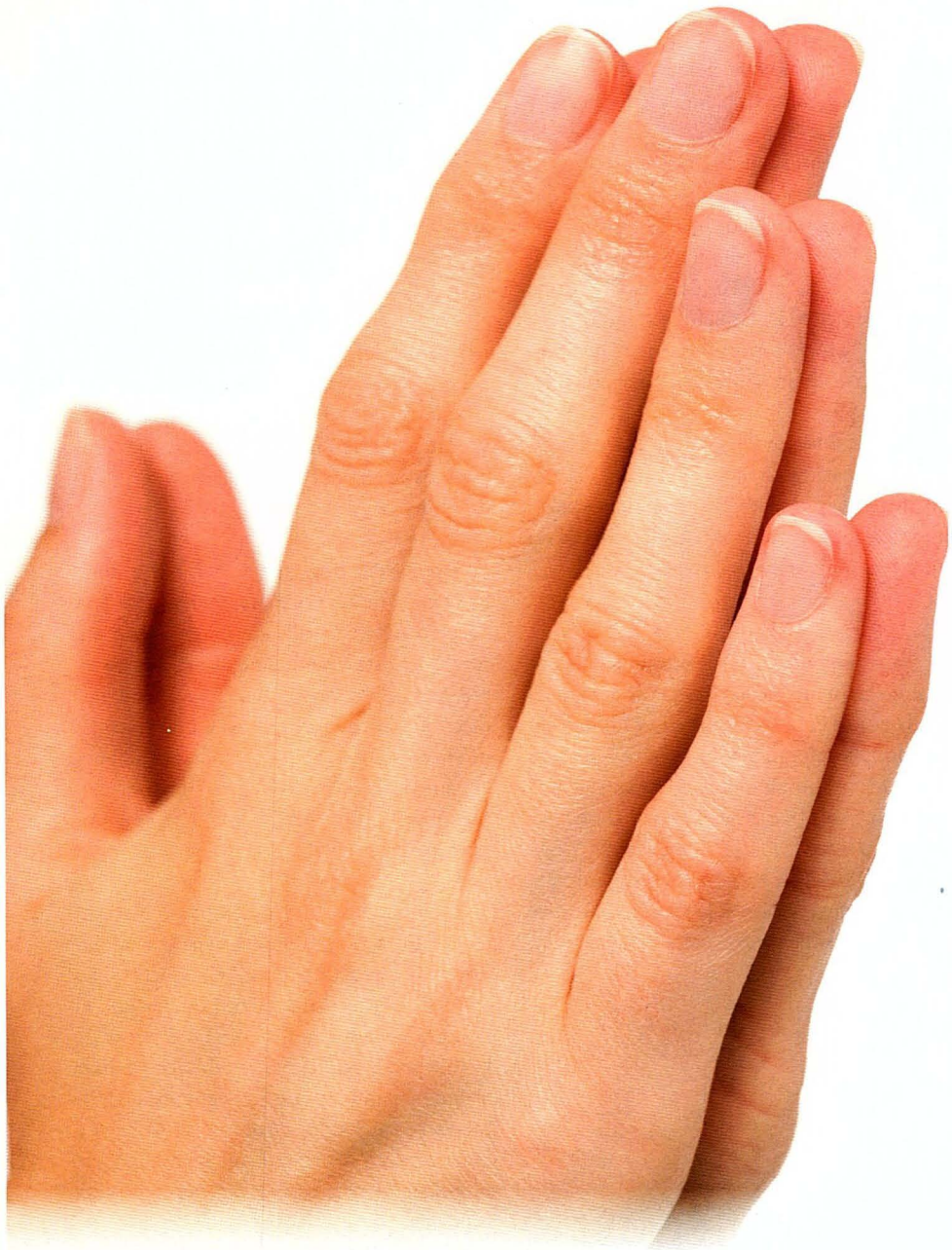
Cuando Dios hizo al hombre lo hizo incompleto; es decir, poseía ciertas cualidades pero carecía de otras. ¿Por qué lo hizo así? Por una sencilla razón: quería que el hombre viviese con los demás. El virus de la independencia consiste en hacer pensar al hombre que es autosuficiente, y el problema se intensifica cuando éste se llega a creer, no sólo que es autosuficiente, sino que la independencia es el estado óptimo para esta vida.

¿Cuál es el problema de este planteamiento? La independencia consiste en creer que no se necesita a nadie para vivir, que uno solo, con sus recursos, puede hacer cuanto se proponga y necesite. ¡Qué gran engaño!

Las consecuencias de pensar así son traumáticas porque el ser humano necesita tantas cosas para vivir que sólo reconociendo su necesidad de dependencia y servicio podrá tener una vida plena. En la soledad, por el contrario, al hombre únicamente le queda una cosa: morir.

Nuestra realidad

La pregunta clave es la siguiente: ¿Por qué nos cuesta tanto que las relaciones, sean al nivel que sean, puedan ser duraderas? Creo que la causa está en los dos virus mencionados. Mientras el egoísmo y el espíritu de indepen-



dencia estén en nosotros... no es posible hacer realidad la unidad.

¿Cómo eliminarlos? Si intentas hacerlo por ti mismo te darás cuenta de que no es posible. De hecho, todas las personas que lo han intentado, han fracasado. Pablo es un ejemplo de alguien que luchó con todas sus fuerzas para vencer y, ¿qué fue lo que ocurrió? El fracaso. Él terminó diciendo: ¡No puedo vencer! ¡No puedo cambiar! ¡No puedo ser como yo quiero ser! Y su impotencia la expresó con el lamento: «*¡Miserable hombre de mí!*» (Rom. 7: 24).

¿Dónde está la solución?

Pablo no se quedó con esta exclamación de impotencia. Empezó a mirar fuera de sí mismo y encontró la solución. Esta solución liberó su vida, liberó su angustia y, con un espíritu agradecido, llegó a declarar: «*Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo Señor nuestro*» (Rom. 7: 25).

La pregunta que me hago es: ¿dónde encontró Pablo la solución a este problema tan grave? Busca en la Palabra de Dios y te darás cuenta de que sólo hay una forma de eliminar el egoísmo y suprimir el espíritu individualista, y esa forma es a través de la oración.

La oración

Me llama la atención la última oración que Cristo elevó a su Padre antes de ir a Jerusalén, donde encontraría la muerte. Él, viendo la gran necesidad del ser humano, dijo: «*Te ruego [...]. Para que todos sean uno, como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti. Que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste*» (Juan 17:21).

Jesús deseó la unidad para nosotros y el medio que usó para que esto se hiciese realidad fue la oración. ¡Interesante! Sin duda que la razón es porque la oración es el único medio para conseguir la unidad completa. Recuerda que ella nos acerca a Dios, y acercándonos a él, nos acercamos también al cielo.

La experiencia ratifica que esto es así. Aquéllos que oran mucho son personas que aprenden a olvidarse de sí mismas para poner a Dios en el centro de su vida. Y la gente que ora mucho empieza a sentir el compromiso con la misión que Dios nos dejó antes de partir. Aceptarla es rechazar el individualismo. ¡Todos juntos para luchar, todos juntos para avanzar y todos juntos para vencer!

Conclusión

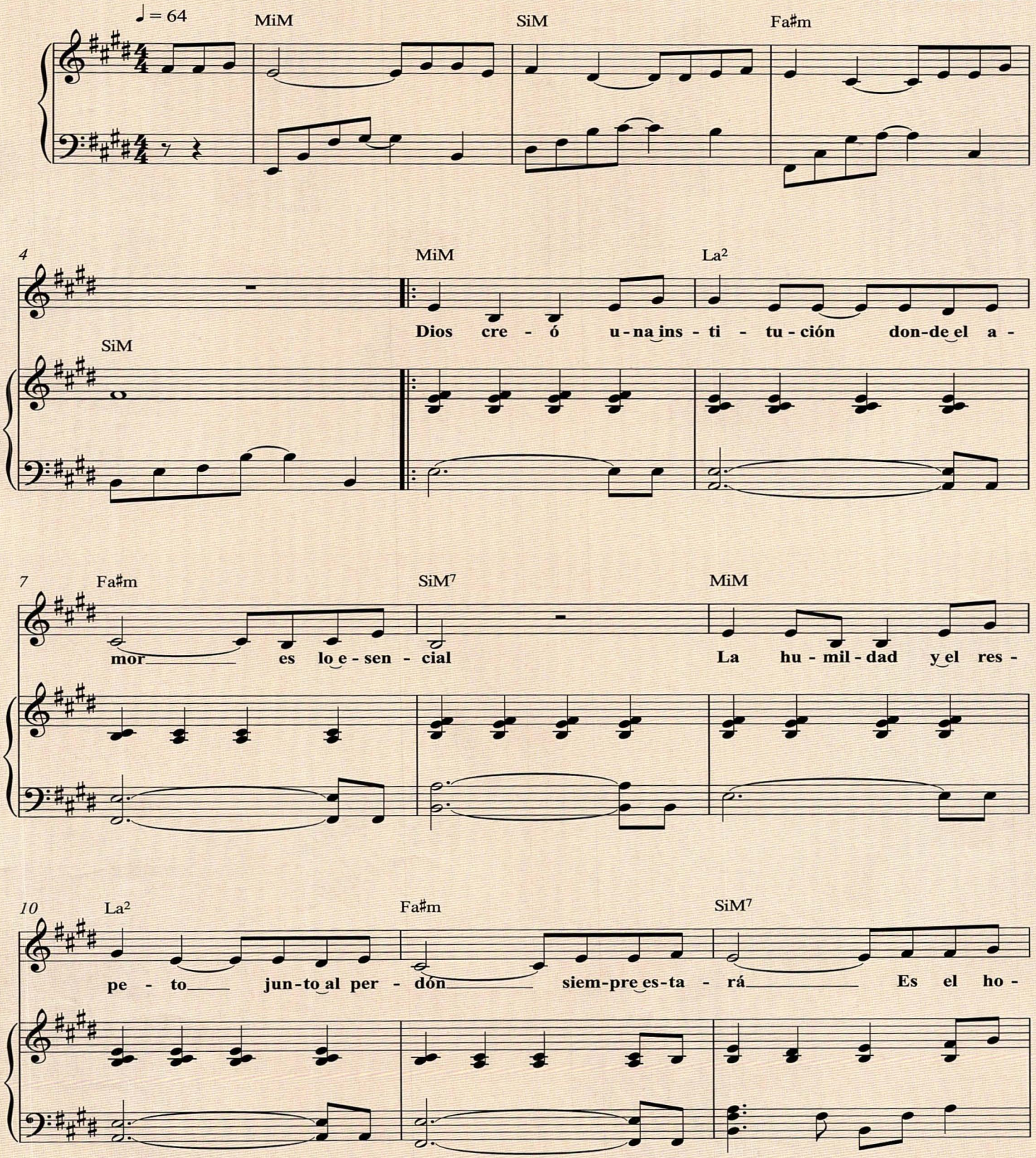
La recomendación que Jesús nos dejó fue la siguiente: «*Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil*» (Marc. 14: 38). Dicho con otras palabras, Jesús lo que te dice a ti y me dice a mí es: ora y ora sin cesar, porque aunque tú quieras ser parte de la unidad, tus flaquezas y tus debilidades te lo van a impedir.

Querido amigo, yo sé que una de las razones por la que deseas estar en la Tierra Nueva es por el ambiente que allí habrá. Un ambiente admirable en el que todos formaremos parte de una gran familia que sonríe, que disfruta y que vive una realidad envidiable.

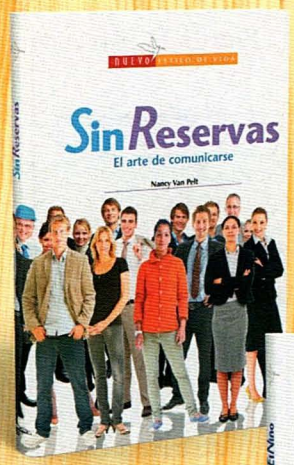
Lo que Dios te pide es: ¿por qué no intentas hacer realidad en esta tierra lo que tú deseas con tanta fuerza tener en la Tierra Nueva? Recuerda que para conseguirlo necesitas orar, orar y orar.

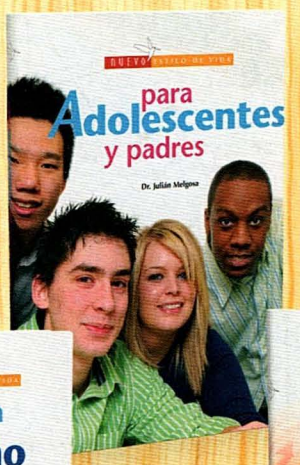
Que Dios te bendiga en este empeño tan noble. Amén.

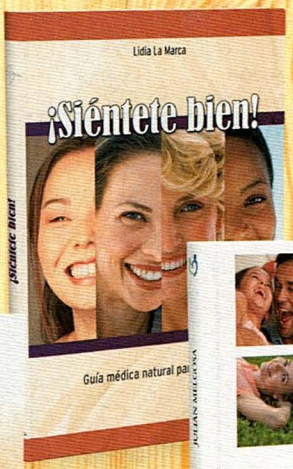
Es el hogar

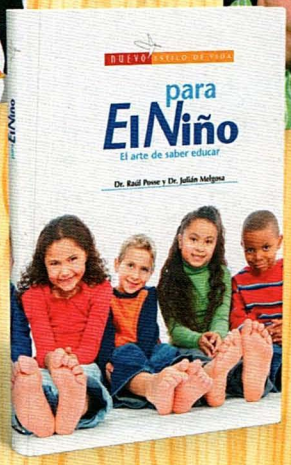
Denis Boidi Arn

Copyright © 2010 UICASDE

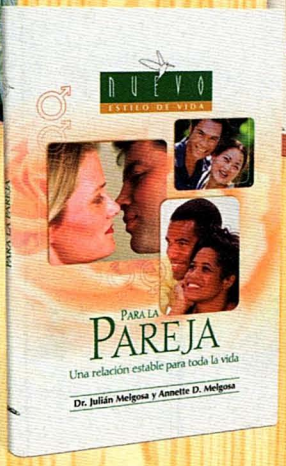
LIBROS PARA TODA LA FAMILIA

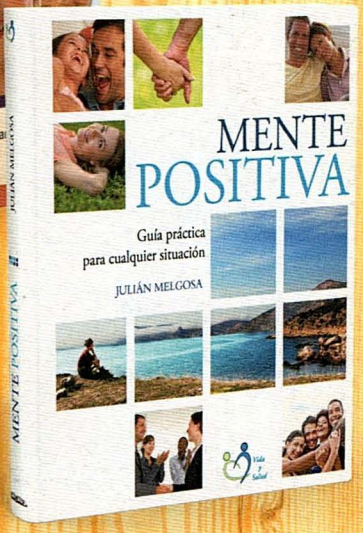


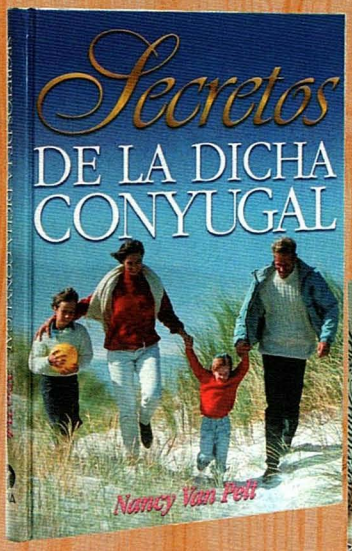


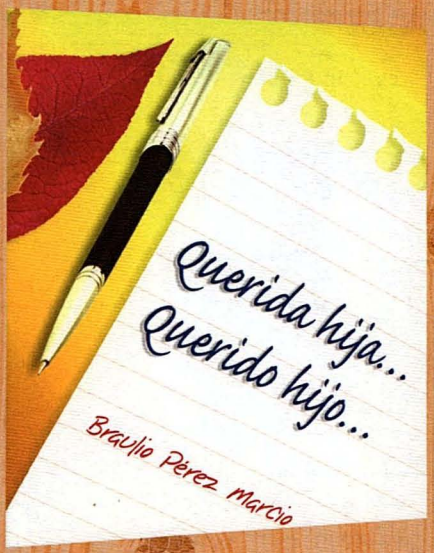


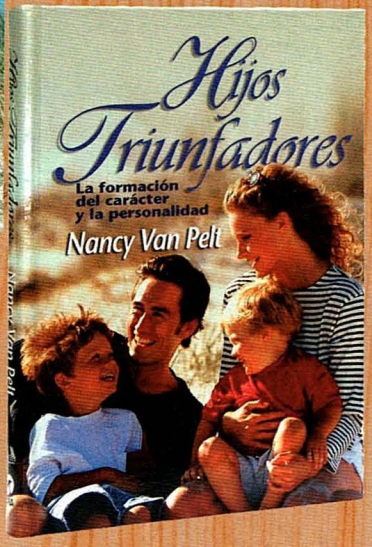


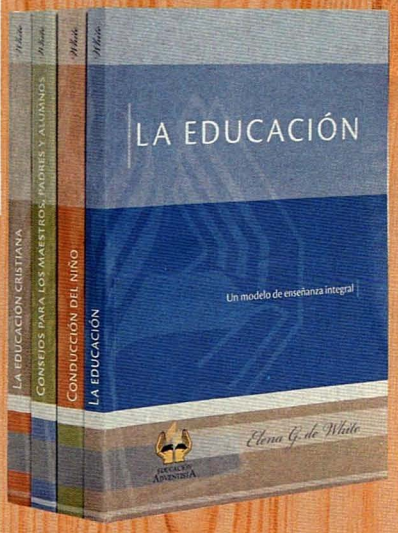












PIDE MÁS INFORMACIÓN EN:

www.publicacionesadventistas.com

o solicítalo en tu librería de iglesia